



MENDES

A VIDA  
EGRE

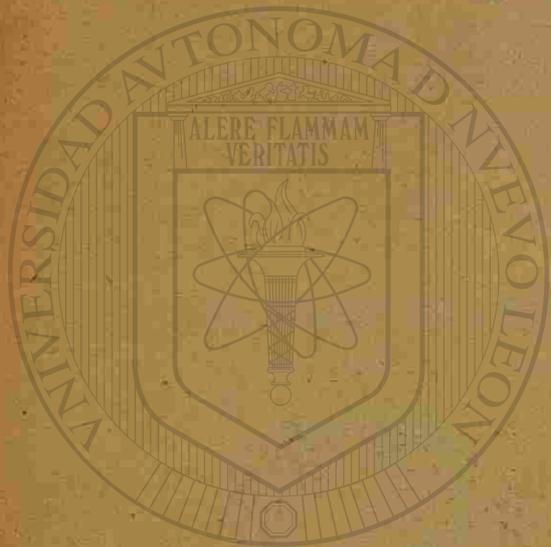
PQ2359

.M5

V5



1020026675



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA VIDA ALEGRE



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

CC  
Núm. Clas. 11536  
Núm. Autor 30539  
Núm. Adq. -8-  
Procedencia  
Precio CS  
Fecha 1944  
Clasificac.  
Catalogo

CATULLE MENDES

LA  
VIDA ALEGRE

VERSIÓN CASTELLANA

DE

JOAQUÍN E. ROMERO

CON UN PRÓLOGO

de

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MARTÍNEZ"

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

1625 MONTERREY, MEXICO

EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ

Calle del Olivo, núm. 4.

1890

099795

30530

PQ2359

M5

V5



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.  
Derechos reservados.

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

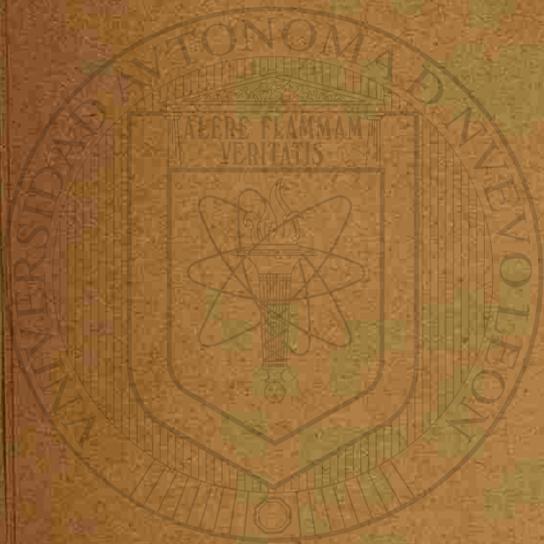
## ADVERTENCIA PRELIMINAR

Una necesidad puramente de confección, me ha obligado á colocar después de los preciosos artículos de Catulo Méndez unos cuantos míos, aunque me he resistido mucho antes de hacerlo.

Me interesa ante todo, dejar aquí consignado, que yo no he tenido, ni tengo, ni creo que tendré nunca la osada pretensión de poner mi firma obscura, humilde y modesta, al lado de la de un escritor tan notable y reputado como el autor de esta obra.

Dichas estas cuatro palabras en descargo de mi conciencia, dejo el puesto á mi querido amigo y maestro D. Antonio Sánchez Pérez, que, con una bondad sin límites, que yo le agradezco con toda mi alma, ha accedido de buen grado á servirme de hombre bueno, escribiéndome el siguiente prólogo.

J. E. ROMERO.



## CUASI-PRÓLOGO

---

Odio el prólogo y compeadezco al prologoista. Y esta compasión y aquel aborrecimiento suben de punto, como es lógico, cuando contra toda mi voluntad y contra mis propósitos más firmes, he de ser yo el objeto de una y de otro; he de sacar un prólogo (ó cosa así) de mi cabeza; he de verme convertido, sin comerlo ni beberlo, en prologoista.

Pero *sic fata voluerunt*, como dijo el otro, (ó como dijeron los otros, porque eso lo ha dicho muchísima gente); así lo quiso mi buen amigo y compañero de oficio, y hasta creo que correligionario—si bien de esto último

no estoy muy seguro—el Sr. D. Joaquín Esteban Romero, redactor de *La República*, el cual D. Joaquín ha tenido la desdichadísima ocurrencia de pedirme un prólogo (ó lo que fuere) para una colección de cuentos de Catulo Méndez, que el susodicho D. Joaquín Esteban ha vertido á nuestro idioma. Ni he leído aún los cuentos, ni conozco la traducción todavía; pero me atrevería á jurar que los cuentos son buenos y que la traducción es primorosa; si leen ustedes el libro, ¿y qué han de hacer sino leerlo? ya verán como no estoy equivocado.

En esto de los prólogos—á mi juicio, añadidas estrambóticas de todo en todo innecesarias—hay casi siempre, y aun estoy por suprimir el casi, arrogancia por parte del prologuista, vanidad por parte del *prologado* (si vale la palabra, que me parece que no vale para esto). El prologuista viene á decir al lector, remedando al famoso D. Hermógenes, de *El Café*, «Ya ve usted si yo sé algo. Digo, me parece que pocos habrá... etcétera», y cuenta después si ha escrito ó no ha escrito siete prolusiones greco-latinas so-

bre los puntos más delicados del Derecho, y si ha querido ó no ha querido ser dómine de Píoz, para llegar, por fin de cuenta, á decir que el autor, cuyas son las páginas que siguen, es un portento de sabiduría y un prodigio de entendimiento y una maravilla de aplicación, y que será un *acéfalo insipiente* el follón malandrín que así no le reconozca y propale.

El autor se regodea y se baña en agua de rosas, contemplándose ya en las alturas, merced á los elogios y plácemes de un señor, de tanta principalía y de tal empingorotamiento.

Paréceme ocioso decir, que esto se refiere única y exclusivamente á los que, de buena gana, se prestan á escribir prólogos; y aun se brindan á ello, sin que se lo haya pedido nadie; y hasta solicitan con insistencia prologar éste ó el otro libro; pero no á quien, como dijo el poeta, *inocente en paz vivía*, y se ve, cuando menos lo espera, agredido por un su amigo del alma, un su compañero, al cual ni sabe, ni puede, ni quiere negar nada (dentro de ciertos límites, por supuesto), que

le pide un prólogo... ¡Ah! comprendo perfectamente la situación; y la conozo *ainda*, por experiencia; y porque la conozco y porque la comprendo no he pedido nunca, ni pediré, mientras Dios sea servido de conservarme el juicio sano, un prólogo, para libro propio, y—es claro—ni para libro ajeno. Ni perdonaré nunca á mi buen amigo D. Joaquín el apuro en que me ha colocado con su petición. De sobra se me alcanza, y me apresuro á manifestarlo así á los lectores, que él no lo ha hecho á mal hacer, ni ha procedido obedeciendo á los impulsos de esa vanidad pueril de que antes he hablado. No; el traductor no buscaba, ya lo sé, y de muy buena tinta, esos elogios y esos plácemes con que los prologuistas suelen hacer el relleno de sus trabajos de pie forzado; y en cuanto á mí, juro y perjuro que no he aceptado (muy á disgusto y muy á regañadientes por cierto) el encargo, por darme el gustazo de ejercer de prócer literario ni echármelas de padre maestro. No; en este *caso concreto*, el Sr. Romero y un humilde servidor de ustedes, somos verdaderas excepciones de la regla gene-

ral. El Sr. Romero apenas se llama Pedro en este libro, en el que hay muy contados trabajos suyos; y yo ni siquiera Pedro me llamo en este punto de críticas literarias. Lo cual digo y proclamo (aunque se enoje conmigo mi querido buen amigo *Clarín*), porque así es verdad.

«Y quien dijere lo contrario miente».

Lo ocurrido en esta ocasión ha sido lo siguiente: el libro del celebrado *Catulo Méndez*, cuyo nombre de fijo conocen todos los lectores de estas líneas, publicado á la francesa, tiene muchos blancos y muchísimas regletas, y... vamos... que en él es papel casi todo. Como los lectores españoles nos pagamos menos de esos lujos y pedimos algo más de lectura en los libros, el tomo resultaba corto y fué absolutamente necesario, para darle las dimensiones ordinarias, agregarle un puño y una contera; del puño me encargué yo, y ya lo tienen ustedes casi concluído; la contera se la puso el Sr. Romero, escribiendo unos cuentecitos que agregó á la colección. ¿Significa esto que yo haya pretendido presentar á los lectores españoles el libro de

Catulo Méndez? ¡Qué desatino! Yo me he limitado á levantar la cortina para anunciar la llegada del traductor.

¿Quiére decir lo otro que Romero, discretísimo y modesto, á fuer de discreto como es él, pretenda codearse y hombrear con Catulo Méndez?

Nada de eso. El se ha contentado con traducir, bien que seguro y cuando exigencias naturales de la publicación le han colocado en el duro trance de agregar algunas páginas, ha procurado poner en ellas algo del modelo y acá para *inter nos*, me parece que lo ha conseguido.

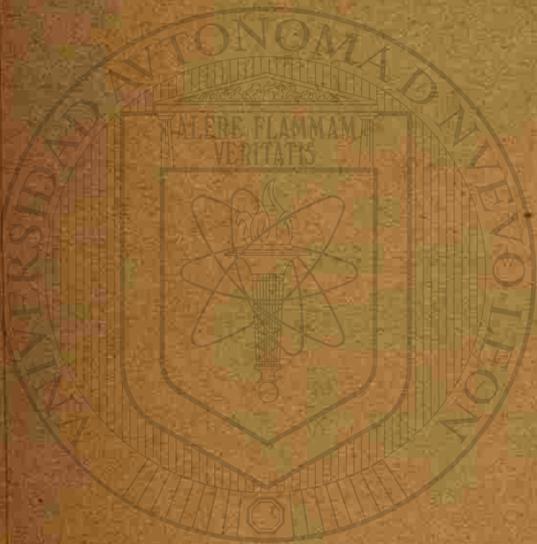
Y dicho lo dicho y hecho lo hecho, tengo para mí que nada me queda por decir, ni por hacer, en lo que se relaciona con estos menesteres de prologar. No es cosa de que yo vaya á contar á ustedes cómo se titulan los cuentos contenidos en este tomo, y de qué tratan; de lo primero podrán ustedes enterarse viendo el índice, y de lo segundo leyendo los cuentos, cuya lectura—yo se lo fio—ha de proporcionarles más deleite y mayor contentamiento que desagrado

y molestias le haya causado la de estas *cortas líneas*, á las que pongo término aquí, besando los pies y las manos, según los sexos, á los que las hubieren leído.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

1925



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE EDITORIALES

## ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
ADVERTENCIA PRELIMINAR.....	v
CUASI-PRÓLOGO.....	vii
I. La pedigüña.....	1
II. Avaricia.....	5
III. Coquelicotine.....	11
IV. Cálculos del amor.....	15
V. El milagro.....	19
VI. La pajarita, la perla y la rosa.....	25
VII. Enfado vencido.....	29
VIII. Medida por medida.....	33
IX. La gratitud.....	37
X. Entre vecinos.....	43
XI. El único nombre.....	45
XII. Noche de tempestad.....	49
XIII. La lección.....	53
XIV. La estrella dichosa.....	57
XV. Efectos del beso.....	61
XVI. Junto á un sepulcro.....	65
XVII. El jugador honrado.....	69
XVIII. Mi dulce amante.....	73
XIX. El amor al recuerdo.....	81
XX. Metempsicosis.....	85
XXI. El amante incendiario.....	91
XXII. El luis de oro, la alhaja y la estrella.....	97

	Páginas.
XXIII. Querella con una rosa.....	103
XXIV. La flor que tiembla.....	109
XXV. Tu nombre.....	113
XXVI. Justo castigo.....	117
XXVII. La que fué morena.....	123
XXVIII. Las solitarias.....	129
XXIX. La limosna.....	141
XXX. La mosca de oro.....	157
XXXI. Justicia del amor.....	163
XXXII. El Angel de la guarda.....	169
ARTÍCULOS POR JOAQUÍN E. ROMERO.	
I. ¡Cobarde!.....	183
II. Juramentos de amor.....	191
III. Desilusión.....	199
IV. ¡El éxito!.....	207
V. La tarjeta.....	217



## LA PEDIGÜEÑA

### I

**C**ERCA de media noche: en la penumbra; la puerta que separa ambos departamentos, permanece cerrada; las dos amiguitas son muy pudorosas, y como están en camisa delante del espejo, no quieren fiscalizar sus mutuas acciones, así es que ellas sólo perciben el suave y caluroso perfume que se desprende de sus cuerpos de nieve y rosa.

	Páginas.
XXIII. Querella con una rosa.....	103
XXIV. La flor que tiembla.....	109
XXV. Tu nombre.....	113
XXVI. Justo castigo.....	117
XXVII. La que fué morena.....	123
XXVIII. Las solitarias.....	129
XXIX. La limosna.....	141
XXX. La mosca de oro.....	157
XXXI. Justicia del amor.....	163
XXXII. El Angel de la guarda.....	169
ARTÍCULOS POR JOAQUÍN E. ROMERO.	
I. ¡Cobarde!.....	183
II. Juramentos de amor.....	191
III. Desilusión.....	199
IV. ¡El éxito!.....	207
V. La tarjeta.....	217



## LA PEDIGÜEÑA

### I

**C**ERCA de media noche: en la penumbra; la puerta que separa ambos departamentos, permanece cerrada; las dos amiguitas son muy pudorosas, y como están en camisa delante del espejo, no quieren fiscalizar sus mutuas acciones, así es que ellas sólo perciben el suave y caluroso perfume que se desprende de sus cuerpos de nieve y rosa.

Frente á la bruñida luna del *boudoir* se entregan á la agradable ocupación de deshacer su tocado en el silencio de la casa dormida.

—Querida, ¿escuchas?

—Sí, ¿qué quieres?

—Sé amable, yo no sé que he hecho de mi rizada borla de polvos, préstame la tuya.

—¿Para qué la quieres á semejante hora?

—¡Curiosa! préstamela.

—Tóma, buenas noches.

—Oye, jamás he estado más aturdida que esta noche, imagínate, que acabo de hacer pedazos el peine de concha con el cual acostumbro á ahuecar mis cabellos antes de meterme en el lecho, préstame el tuyo, ¿quieres?

—¿Pero de qué te servirá si vas á dormir?

—Dios mío, que mal entiendes las cosas, préstamele querida.

—Toma y duerme en paz.

—Escucha, todas las desgracias vienen juntas; no puedo encontrar las llaves del ropero, á donde Justina acostumbra á guardar mis vestidos, haz el obsequio, de echarme por encima del tabique ó entreabriendo un poco la puerta, aquella preciosa bata de gasa, sutil, casi trasparente que deja adivinar todos los encantos que una mujer honesta debe ocultar siempre.

—Pero hija, para qué quieres á la media noche un vestido tan diáfano.

—¡Qué curiosa eres! Ya te lo explicaré mañana, queridita.

— Es que la bata que me pides está un poco arrugada.....

— Mejor, con eso me evitaré las molestias de una resistencia fingida.

— Tómala, mas confiesa, pequeña, que eres demasiado exigente, mi borla de polvos, mi peine de concha, mi bata de gasa, si continúas así, llegarás á pedirme hasta el preferido de mis amantes.

— ¡Tonta!

— ¿Qué?

— Digo, que también te lo pediría, si no hiciera ya mucho tiempo que te lo he tomado.

Luego la puerta se cerró entre dos sonoras carcajadas; es muy frecuente y muy natural hacerse esta clase de favores á semejante hora.

## AVARICIA



### II

Siendo yo muy joven, casi un niño, paseaba una tarde sobre el verde césped de la campiña, aspirando con delicia las perfumadas brisas que inquietas y juguetonas acariciaban mi rostro, cuando de repente, al penetrar en el más apartado sendero del bosque, ví caer á mis pies una preciosa margarita que sin duda acababa de desprenderse de su fresco tallo.

Con emocionados ojos contemplaba á aquella pobre flor, cuya vida

se extinguiría al empezar á dibujarse en el horizonte las primeras tintas de la noche: extraño ruido de pasos me hizo volver el rostro y ví con sorpresa parada junto á mí una señora, ni joven, ni linda pero lujosamente ataviada, que me decía con voz temblorosa:

—Os ruego caballero que me déis esa margarita.

Es cierto que yo hubiera querido ofrecérsela á la pura y sencilla aldeana que había compartido conmigo la noche antes su modesta vivienda, pero no pude resistir al ruego de la desconocida y la entregué la flor diciéndola:

—Puesto que la queréis, tomadla, señora.

\* \* \*

Otro día, menos joven ya, pobre y triste, paseaba mi desgracia por las enlodadas calles de París, cuando apercibí en medio del arroyo sobre un montón de basura, una moneda de oro que brillaba.

Rápidamente, con avidez, loco de alegría y entusiasmo, recogí aquel objeto precioso, guardándolo en uno de los bolsillos de mi chaleco.

Una mendiga sucia y desarrapada que el azar ó la necesidad había llevado hasta aquel sitio, me tendió su descarnada mano, diciéndome con tono lastimero.

—¡Dadme esa moneda por el amor de Dios!

Yo hubiera podido con aquel tesoro darme un opíparo banquete ó comprar el último libro de mi poeta favo-

rito, pero era tan desgarrador el acento de aquella desgraciada, que no pudiendo resistir la compasión que me inspiraba, le entregué el luis de oro.

En otra ocasión, joven ó viejo, rico ó pobre, no recuerdo, paseaba mi desesperación á orillas del mar, en cuya tranquila superficie se reflejaba la luz de la luna.

Entre la finísima arena que tapizaba el suelo, distinguí una estrella de sin igual hermosura que acababa de desprenderse del firmamento; era muy brillante y venía de tan alto que bien merecía la pena de recogerla.

Acertó á pasar en aquel momento

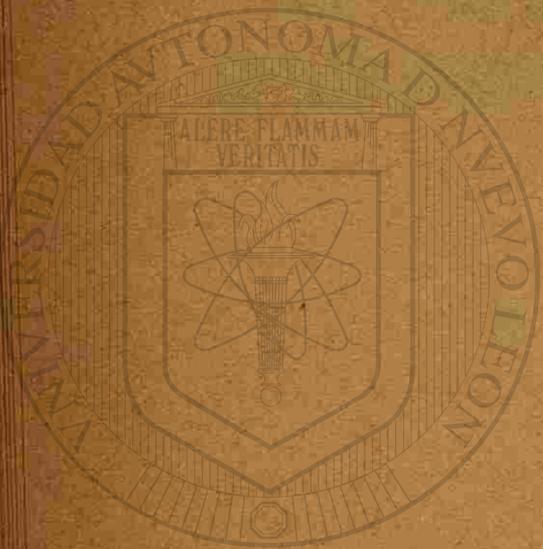
la más adorable de las princesas, joven, hermosa, rica; ¡ah! como despedían relámpagos sus azules ojos en la oscuridad de la noche.

Yo hubiera besado con gusto el polvo que pisaban sus diminutos piecitos.

Vió la estrella en mi mano y dejándose llevar de un raro capricho, me dijo con voz dulce y melodiosa, semejante al sonido que producirían las cuerdas del arpa, al ser pulsadas por los dedos un ángel.

—¿Me dáis esa estrellita?

Es cierto que yo no podía hacer uso ninguno de aquella luz celeste; ¡tienen tan poco valor en la tierra las cosas del cielo! pero sin embargo vacilé, y guardándome la estrella volví la espalda á la princesa.



## COQUELICOTINE



### III

—Bésame, queridito mío — dijo Coquelicotine.

—Ahora mismo, cuando yo atravesaba el salón para venir junto á tí, el perrito ha ladrado.

—Diantre—dijo ella—si mi marido llega á despertar estamos perdidos, pero tranquilízate, yo arreglaré para mañana las cosas de otro modo.

En efecto, al día siguiente la hermosa Coquelicotine, hizo tomar á su

esposo una buena cantidad de arsénico en un merengue de grosella; después gritaba desesperadamente:

—Mi pobre marido acaba de entregar su alma á Dios.

Al mismo tiempo una doncella estrangulaba, con sus rosados deditos al inocente faldero.

Pasados los tres días de duelo, ambos amantes se entregaban á amorosos transportes en la oscuridad del elegante gabinete.

—Querida mía—dijo él—has obrado muy mal y tu conciencia ha dejado de ser pura como la luz de una estrella.

—No, amor mío—respondió ella—mi marido era ya muy viejo y no he hecho más que precipitar un poco su muerte.

—No es á él á quien yo compadezco, es al perrito, cándida y bellísima Coquelicotine.



## CALCULOS DEL AMOR



### IV

Ella estaba completamente desnuda.

—¡Oh delicioso tesoro mío!—exclamaba él trastornado de placer—yo te amo, te amo con el alma y los sentidos—y en sus arrebatos de pasión la prodigaba los más tiernos y cariñosos nombres.

La había deseado largo tiempo entre suspiros, lágrimas y súplicas, y por fin la ingrata había consentido despojarse por la vez primera, de sus

elegantes vestidos que tantos encantos ocultaban.

Sin embargo, él no se precipitó con el furioso arrebató de la pasión sobre el cuerpo adorado, todo lo contrario, con la más perfecta calma, se acerca á un pequeño mueble estilo renacimiento con incrustaciones de marfil y oro, y sacando una cinta de raso de un metro de larga, se vuelve hacia su amiga que le esperaba recostada sobre el mullido diván y empieza á medirla toda la superficie de su torneado brazo.

—¿Pero qué haces?— exclama la niña estupefacta.

—Espera—le responde con un gesto—no te muevas.

Pasó la cinta desde la raíz de sus dorados cabellos, hasta la rosada

punta de su pie, todo, todo lo midió con febril ardor, interrumpiéndose muchas veces para entregarse á algún cálculo mental.

—¡Seis mil cuatrocientos!

—¡Seis mil cuatrocientos!— repite ella creyéndole loco.

Sin que exista error, es decir, que la superficie de vuestro divino cuerpo, medida por su cara anterior—es preciso reservar la posterior para el porvenir—se compone de seis mil cuatrocientos centímetros, de un cutis más fino y perfumado que la rosa, de manera—prosiguió entusiasmado, pero metódico—que suponiendo que un beso mío cubra tres centímetros de vuestra piel, necesitarán mis labios apoyarse sobre ella dos mil ciento treinta y tres veces, para cubrirla

toda, me parece querida mía que aunque mis besos persistan una hora ó dos, habrá algunos de más larga duración...

—¡Pero Dios mío, entonces esto no acabará nunca!

—Es que, adorada mía, nuestro amor durará hasta la consumación de los siglos.

Y postrado de rodillas, comenzó á besar la puntita de su pie desnudo que colgaba fuera del lecho, haciendo trampas para prolongar la caricia.

## EL MILAGRO

### V

Había en aquel convento una preciosa monjita que apenas contaba diecisiete años, llamada sor Ninette, amante y devota como ninguna.

¿Devota de quién? De todos los santos, pero especialmente de un hermoso San Cirilo que era gala y ornato de la capilla.

¿Amante de quién? Lo ignoraba, porque jamás hombre alguno había penetrado en las soledades del claus-

tro; pero á pesar de esto, ella estaba dispuesta á mostrarse tan tierna como pudiera con el primer osado galán que escalase el muro, con la expresa condición de que tuviera bigotes; sor Ninette tenía especial predilección por esta clase de adorno del hombre.

Pero ¡ah! que el amante desconocido no llegaba nunca y ella se desesperaba atrozmente.

Una noche en que sus extraños é incomprensibles ardores habían subido de punto, escapó del dormitorio sin hacer ruido, y bajó á la capilla que se encontraba á oscuras y saturada de incienso.

A pesar de las tinieblas, pudo orientarse perfectamente, gracias á la costumbre que tenía de andar por aquel sitio, y llegó sin dudas ni vaci-

laciones, junto al pedestal de la estatua de su santo favorito.

Postrada de hinojos—os suplico por el amor de Dios, San Cirilo de mi alma, ayudéis á esta desdichada, que no puede seguir en tal estado sin exhalar el último suspiro. Ya que tan piadoso sois para las almas desoladas, sedlo también para la mía, que está más desolada que ninguna. ¿Por qué, querido santo, no me enviáis el consuelo que os pido? Los milagros no son difíciles y si tú quisieras yo encontraría entre las sábanas de mi blanco y tibio lecho una persona tierna y apasionada, que me prodigara caricias infinitas.

Me resignaré si es preciso á no gozar... vamos, ya me entiendes, de su compañía más que como la de un

amigo cariñoso que viene á entretener mis ratos de desesperación, pero sobretodo, querida estatua, yo suplico que se os parezca.

No creáis que la monjita hablaba así por adular al santo, y comprometerle más para que obrara el milagro, no, era verdad, hubiera deseado un amante como San Cirilo.

Terminada su plegaria, persignóse devotamente, y tornó de nuevo al dormitorio.

¡Ah santo inicuo! había efectivamente entre las sábanas de su lecho una persona, pero era Lina, una novicia fresca y bonita como la flor en su tallo, que aprovechando el sueño de las buenas madres, venía á charlar y reír un ratito con su amiga y compañera Ninette.

Verdaderamente, la joven novicia era preciosa y divertida, sabía multitud de cuentos que refería con incomparable gracia, y versos amorosos que recitaba en voz muy baja; poseía en fin una imaginación y un cuerpo muy agradable, para hacer pasar deliciosamente las noches de insomnio, pero ni era un hombre, ni en nada se parecía á San Cirilo.

Sor Ninette, mientras reía con su amiga, experimentaba sorda cólera contra el bienhechor que sólo á medias la había comprendido.

¡Qué mal pagaba el santo la devoción que siempre le tuvo!

A la mañana siguiente, al entrar las monjas en la capilla para cantar los divinos oficios, echó una furiosa mirada á San Cirilo.

Apenas pudo contener un grito de asombro.

Todo estaba perfectamente explicado; no podía quejarse, el milagro se había verificado, porque el día antes se cambiaron de sitio las imágenes y ante quien ella se había postrado de hinojos, era ante Santa Evelina, bonita y fresca, como una rosa recién abierta.

LA PAJARITA, LA PERLA  
Y LA ROSA



VI

Dijo la pajarita:

—Yo no tengo perfumes.

A lo que respondió la perla.

—¡Ay! yo no canto.

Es mucho más cruel—interrumpió la rosa—no tener la dulce y melodiosa voz del pajarillo ni el brillo del Oriente que posee la perla.

Acertaba yo á pasar por aquel sitio y no pude menos que compartir

Apenas pudo contener un grito de asombro.

Todo estaba perfectamente explicado; no podía quejarse, el milagro se había verificado, porque el día antes se cambiaron de sitio las imágenes y ante quien ella se había postrado de hinojos, era ante Santa Evelina, bonita y fresca, como una rosa recién abierta.

LA PAJARITA, LA PERLA  
Y LA ROSA



VI

Dijo la pajarita:

—Yo no tengo perfumes.

A lo que respondió la perla.

—¡Ay! yo no canto.

Es mucho más cruel—interrumpió la rosa—no tener la dulce y melodiosa voz del pajarillo ni el brillo del Oriente que posee la perla.

Acertaba yo á pasar por aquel sitio y no pude menos que compartir

la inmensa melancolía que embargaba á la pajarita, la perla y la rosa.

—Es imposible reunirlo todo, queridas—las dije para consolarlas—á tí, pajarilla, pueden envidiarte por la hermosura y colores de tu plumaje; tú, perla; tienes todo el brillo y limpidez de una lágrima desprendida de los plateados rayos de la luna, y en cambio en tus pétalos, rosa del alma, pueden aspirarse todos los deliciosos perfumes que se exhalan de los carmíneos labios de una virgen pudorosa.

Hablando aun tiempo me respondieron la pajarita, la perla y la rosa.

—Ayer hubiéramos pensado como tú; cualquiera de las cualidades que nos has atribuído, bastaban para satisfacer nuestro orgullo, pero hoy,

hoy es muy diferente, y si no, escucha esta extraña aventura.

Ha pasado por junto á nosotras una joven hermosísima, y en ella sola, hemos visto reunidas todas las gracias y perfumes que nosotras poseemos separadamente. Figúrate si será amargo nuestro dolor ante la magnitud del desastre.

Medité un poco, y respondí conmovido.—Marión, ¡oh! la hermosísima Marión ha tenido el capricho de pasar por este sitio, pero alejad vuestra tristeza, que yo alcanzaré de ella, siendo su amigo, que jamás vuelva á humillaros con su presencia, puesto que es la única de todas las criaturas nacidas, que posee á la vez perfumes en su rostro, canto de ángel en su voz, y luz purísima en sus pupilas.



## ENFADO VENCIDO



### VII

La pequeña Marión había jurado no reirse. Estaba enfadada, formalmente enfadada. Era sumamente difícil, casi imposible hacer que aquellos menuditos labios de rosa se entreabrieran, dejando ver las dos hileras de perlas que adornaban su boquita.

Yo la conté los chistes más escabrosos de la última zarzuelilla, y aunque costándome mucho trabajo descender á tales medios, lo hice con verdadera elocuencia.

Ella seguía grave, muy grave, haciendo de vez en cuando un ligero movimiento de hombros.

Entonces la hablé al oído del último *Willette*, no sin acentuar la nota picante sobre el significado de la enigmática leyenda, y en vez de verla prorrumpir en alegre y sonora carcajada, la miré impassible, removiéndose con gran enojo en su asiento.

En mi obstinada persistencia, la conté una anécdota de *Regnard*, la recité un cuento de Armand Silvestre, la recordé, en fin, la fabulosa aventura de Titania, abanicando, con un abanico de musgo y rosas las enormes orejas de su amante que tiene cabeza de burro. Desdeñosamente hacía una mueca de profundo fastidio.

Empleé para desenojarla los me-

dios más originales, le afirmé que había visto paseando por el *boulevard*, á un jorobado que se arrojó bajo las enormes ruedas de un ómnibus, siendo tan dura la joroba, que las ruedas del coche habían saltado en mil pedazos; la dije, que su amiga Teresa había asistido á la primera representación de Chuny llevando un sombrero de gasa y pájaros, con unas alas tan descomunales, que cada vez que movía la cabeza, hacía cosquillas en la calva de un caballero que estaba sentado en la primera fila, viendo tranquilamente el espectáculo.

Nada, ni por esas, no se reía.

Comenzaba ya á impacientarme de veras.

¿Sería su enfado tan firme para resistir las más extravagantes palabras

que iban á estrellarse en un rostro impenetrable?

—A propósito, querida—la dije de repente—sabes que ya no te quiero.

A esta palabra una risa loca brotó de sus labios, tan fuerte que casi le hizo saltar los botones del corpiño, luego se sujetó las caderas no pudiendo resistir más y hubiese caído sobre la alfombra, á no haberla yo sostenido en mis brazos, aspirando con deleite el aliento de su boca y besando sobre sus labios frescos la alegría resucitada.

## MEDIDA POR MEDIDA



### VIII

Era antes del primer beso, es decir, antes del primer beso definitivo. A pesar de que sus labios se habían unido muchas veces, prodigándose ardientes y apasionadas caricias, nunca llegaron en sus expansiones amorosas á confundirse en una suprema y definitiva.

En aquella habitación, á donde agonizaban las rosas colocadas en elegantes jarrones de la China, por

la mano de Lise de Belvelise; en las más espantosas tinieblas, pues ella es muy pudorosa, se entrega á la agradable ocupación de deshacer su tocado, para ocupar un puesto en el lecho, junto al amante que impaciente la aguarda.

Valentín, arrebuñado entre las blanquísimas sábanas, siente escalofríos de placer, al escuchar sobre la alfombra los menuditos pasos de su adorada, que va y viene por el cuarto, produciendo ruidos de mariposa.

De pronto, siente sobre sus labios una cosa tibia y perfumada, haciendo sobre ellos agradable presión, y comprende que es la puntita del pie desnudo de su amiga que le acaricia; él besa con transporte aquel trozo de nieve y rosa, pero piensa, que hubiera

sido más natural que le hubiese acercado por primera vez las manos, las mejillas, ó el botón de su blanco pecho de jazmín.

La joven, adivina estos pensamientos de su amante, y con voz dulce y melodiosa, que parece salir de un nido de ruiseñores:

—¿No es lógico, querido mío, asegurarse antes de comprometerse hasta lo imposible, que entre los dos amantes deben existir mutuas concesiones, confidencias, aspiraciones, deseos, en una palabra, todo aquello que no puede existir más que entre dos seres unidos por los lazos indisolubles del corazón?

Créeme que hubiera sido señal de desacuerdo en lo futuro, que la punta de mi pie no hubiera conte-

nido el bostezo próximo á escapar de vuestra amorosa boca.

—Es que la ha cerrado muy bien.

—¡Oh! sí, perfectamente— dice ella—y esto me encanta; y sin vacilar un momento, se metió en el lecho, oyéndose á poco el ruido de dos respiraciones agitadas, y aspirándose en las tinieblas el perfume de las rosas colocadas por las manos de Lise en elegantes jarrones de la China.

## LA GRATITUD

### IX

Con los negros y sedosos cabellos esparcidos sobre la almohada de encaje y raso, y el delicioso abandono de una muerta que conserva el calor, la amante Lise de Belvelise, está reclinada, ó mejor dicho, reposando de muchas y prolongadas caricias.

Ella se encuentra sumida en una de esas agradables languideces que siguen siempre al amor.

Dormida ó no, Valentín la habla con vehemencia.

—Para merecer—dice—tus tiernas miradas y tus apasionados besos, hice traerte las más elegantes alhajas de todos los joyeros de París, las modistas más afamadas tienen orden de venir á preguntarte todas las mañanas si quieres añadir algún nuevo traje á los infinitos que posees.

Cuando delante de tus amigas abres los estuches, en los cuales brilla rica pedrería, exclaman deslumbradas y celosas.—¿Has cogido con lazo, las estrellas de una noche de agosto?

Pero no me he limitado á estos medianos presentes; quisiste también tener un amante célebre por su valor, yo me procuré veinte desafíos terribles, encarnizados, y entre la multitud de juguetes que adornan tu to-

cador, figura una panoplia, formada con los ensangrentados sables que he traído de los combates.

Te dió el capricho de que fuese célebre por mi talento, y publiqué infinidad de versos que son seguramente mejores por la grandeza de su ritmo y lo original de las imágenes que los más sublimes poemas conocidos hasta ahora. Pero esto es poco, mi pobre, mi anciana madre abandonada en nuestra antigua casa de la Bretaña, por que tú no me permitistes abandonar á París, mi esposa gime también bajo el peso de mi desvío á los dos años de matrimonio, y hasta ignoro el nombre de mis tiernos hijos.

Pero todo esto son pequeñeces, tonterías, sacrificios que cualquiera

haría, sólo por besar tus perfumados cabellos.

Una cosa me ha sido muy difícil; ser, según tu deseo, el más hermoso y elegante de los hombres.

En fin, se puede decir, alma mía, que ninguno de tus caprichos te ha sido negado por mi ternura y eres en todo obedecida por el más apasionado de tus esclavos.

Pero ¡ah! que no fueron infructuosos estos esfuerzos míos, tú me amas, lo sé, me amas, encanto de mi alma, me adoras.

Te veo abandonarte deliciosamente entre mis brazos, y apoyar con ternura tus labios sobre los míos.

El nombre de Valentín es el único que hace latir tu hermoso y fiel corazón; en tu generosa gratitud, prefieres

á todos, el amante que ha sabido merecerte por medio de regalos y sacrificios, que alegrarían el orgullo de la diosa más exigente.

Así hablaba Valentín en su loca alegría de amar y ser amado, y Lise de Belvelise, dormida, con los ojos ocultos entre sus abundantes cabellos, volvióse un poco hacia su amante y entreabriendo los labios balbuceó.—¡Raoul!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MARTÍNEZ"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

30539

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CALLE JUÁREZ 1000, MONTERREY, N. L.  
"ALFONSO" 1000  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

## ENTRE VECINOS

X

El joven se inclinó sobre la barandilla del balcón próximo, porque en él había visto una muchacha preciosa.

—¡Vecina!

—¿Qué queréis vecino?

—Que flor tan bonita tiene usted.

—¿Una flor bonita? ¿Cuál? tengo tantas y tan hermosas... geráneos, jacintos, tulipanes...

—No, si no es de esas de las que hablo.

—¿Pues de cuál, vecino?

—De vuestra boca, ¿puede cogerse?

—Y, ¿cómo?

—Con un beso.

—Probad—respondió ella.

El joven saltó la barandilla de su balcón, se agarró á un postigo, extiende las piernas, se inclina, salta en el cuarto y abrazando á la joven la arrastra hacia la alcoba tapizada de raso malva y coge con sus ardientes labios la flor que tanto desea.

—¡Ay! ¡ay!—exclama la niña—me hacéis daño.

—Pero vecina, ¿no me habéis prometido...?

—Sin duda, pero...

—¿Pero qué?

—Pero—dijo ella dulcemente—yo creo que se puede coger una flor sin romper el tiesto.

## EL UNICO NOMBRE

### XI

Ella me preguntó sonriendo.

Si yo no me llamase Marión, ¿qué nombre os gustaría que tuviese? ¿Cuál me dariáis?

—Uno solo os conviene; el vuestro—dijo él—porque llevándolo tú es el más hermoso de todos.

—¿Qué madrigal más soso, Dios mío!—respondió la niña, con enojo—os estoy hablando formalmente querido.

—Vamos—prosiguió—suponed

que no sabéis cómo me llamo: ¿cómo os arreglaríais para elegir un nombre digno de mí y que al propio tiempo os agradase?

—Puesto que lo deseais oídló— dijo él—de cada una de las palabras que designan las seis cosas más bellas del mundo, tomaría una letra, y combinadas formaría vuestro nombre.

—¿Y cuáles son esas seis cosas bellas? amigo mío.

—Contad con vuestros dedos. La mar.

—¿Por qué?

—Porque es tan misteriosa y tan dulcemente traidora como la mirada de esos divinos ojos.

—¿Y después?

—La aurora.

—¿Por qué?

—Porque es tan rosada y tan húmeda como la sonrisa de vuestros labios.

—¿Y luego?

—La rosa.

—¿Por qué?

—Porque es vuestra misma boca.

—¿Y después?

—El mes de abril.

—¿Por qué?

—Por que es casi tan perfumado como la finísima batista que acaricia vuestro seno, vuestros brazos y vuestro talle.

—¿Luego..?

—El pájaro.

Porque se esfuerza en imitar aunque inútilmente con sus trinos y gor-geos la dulzura tierna ó alegre de vuestra voz de ángel.

—¿Y por último?

—La nieve.

Porque es blanca como esas divinas espaldas y esos pechitos de ambrosía.

—¡Qué adulator estáis! Pero en fin, vamos á ver, ¿de cada una de esas palabras tomaríais..?

—Una letra. M de la mar, A de la aurora, R de rosa, I del mes de abril, O del pájaro y N de la nieve.

La joven soltó una carcajada.

—Pero—dijo—si no me equivoco, con esas letras formaríais mi mismo nombre.

—No, no os equivocáis, porque vuestro nombre adorado, es el único digno de que vos lo llevéis y si no preguntádselo á la mar, la aurora, las rosas, los pájaros y la nieve.

## NOCHE DE TEMPESTAD



### XII

Aquella noche, á pesar del ruido del viento que fuertemente golpeaba las paredes, hacía rechinar las veleas y gemía en los corredores, mi amiga dormía profundamente; yo velaba junto á ella.

Yo no dormía, porque pensaba sumido en la más terrible desesperación en sus mentiras y traiciones. Me levanté aprovechando su sueño, tomé del pecho de mi querida aquel corazón que me había vendido, y lo

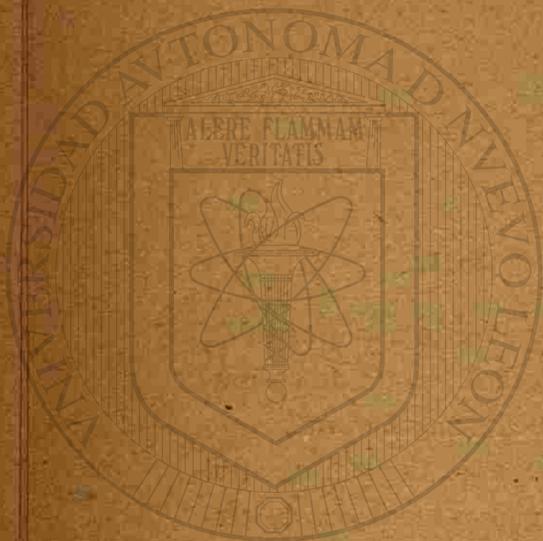
coloqué sobre la chimenea en un vaso de porcelana de la China.

Luego, arranqué de aquella hermosa frente el pensamiento, aquel pensamiento que había huído de mí, y lo puse también en una taza del Japón tan frágil y delicada que la hubiera roto seguramente el vuelo de un pájaro al rozarla con el ala. Por último, de sus labios de rosa, cojí los impuros besos, las falsas caricias con que me había alucinado, y las introduje en un jarrón de cristal de Bohemia, tan poco resistente que podía romperse simplemente con el ligero choque del dedo de un niño.

En seguida abrí la ventana y el huracán se precipitó en la habitación asolando, rompiendo, destrozándolo todo, y llevándose lejos, muy lejos, el

vaso, la taza, el jarrón que todo lo contenían. Yo al verlos volar, lancé una sonora carcajada, ya nada le quedaba á aquella infame con que poder desesperarme.

De repente despertó, abrió sus negros y hermosísimos ojos y volvió hacia mí unas miradas (yo me había olvidado quitárselas), tan puras, tan sentimentales, tan deliciosamente amorosas, que loco, desesperado, salté por la ventana, y corrí tras las ráfagas nocturnas, para que me devolvieran su infame corazón, su inconstante pensamiento, sus impuros besos y sus falsas caricias.



## LA LECCIÓN



XIII

Llamé suavemente á la puerta de la más hermosa é ingrata de las mujeres, de aquella que me amó largo tiempo; ¡oh sí largo tiempo! de abril á abril. Largueza meritoria de ternura.

—¿Quién está ahí?—respondió ella desde dentro.

—El que te adora, amada mía—respondí—y á quien tú desdeñas.

—Amigo mío, no es propio de un hombre cortés, venir á molestar á las

personas en el momento de ir á meterse en el lecho, continuad, os lo ruego, vuestro camino.

No insistí más y me retiré triste y cabizbajo, pensando que las jóvenes bonitas se complacen en cambiar á menudo de amante; desechan al viejo, por el que se presenta hoy ofreciendo nuevas caricias.

A pesar de todas estas reflexiones, volví sobre mis pasos y llamé otra vez á la cerrada puerta de aquella mujer que ya no me amaba.

—¿Quién es?—respondió con enojo.—¡Cómo! ¿Sóis vos todavía?

—No, es otro amiga mía, os lo aseguro, otro, que se muere de cariño y que desea besar nada más que la puntita de ese lindo pie que asoma por debajo del vestido.

No respondió al pronto, sin duda se entregaba á sus meditaciones.

—¿Otro?—responde al fin.

Creí por un momento que iba á enter necerse, pero prosiguió con tono duro.

—Os repito, que es muy inconveniente venir á turbar el sueño de las personas, cuando éstas se disponen ya á cerrar sus pupilas; seguid, seguid en buen hora vuestro camino.

Yo entonces la pregunté desolado.

—¿Pues qué, para ser acogido de nuevo por vos, no es suficiente, querida infiel, haber variado en absoluto, ser en una palabra, completamente desconocido?

Escuché detrás de la puerta una risa contenida.

—Aprended—me dijo por último

—y sírvaos esta lección para lo sucesivo, no es suficiente, ni satisface á una mujer, recibir el mismo beso de un hombre dado de diferente manera, esto hastía, causa molestia; es preciso para sentir el goce, que sean otros los labios que lo den.

## LA ESTRELLA DICHOSA

### XIV

Muy lejos, muy alto, en el azul purísimo del firmamento, una preciosa estrella se afigía, pensativa, semejante á los ojos de una doncella próxima á verter lágrimas.

Un ángel que por allí pasaba, dijo á la entristecida estrella:

—¿Por qué te afliges tan dolorosamente, querido astro?

A lo que respondió.

—Es que he visto por la noche, cuando arrojé mi dulce claridad so-

bre la tierra, á una de mis hermanas, que brilla en uno de los riachuelos de París, y tengo envidia de ella. Quisiera estar en su lugar, unir al suyo mi reflejo y temblar en el agua oscura, cerca de la acera por donde circula la gente.

El ángel se quedó mudo de sorpresa.

—¡Cómo!—dijo al cabo de un instante—tú que contemplas los horizontes milagrosos del azul nocturno, tú que eres la vecina del paraíso, y abres sus puertas, sus puertas de ópalo y lapis-lázuli, tú que estás unida á la prodigiosa bóveda, inflamada de constelaciones, tú que estás en el infinito como una de las más preciosas perlas de un collar de luz, tú que admiras al declinar de la tarde, la

rosada palidez del crepúsculo, estás celosa, joya celeste, de un astro caído en el fango como una flor marchita.

—Sí, estoy celosa—dijo la estrella—y por lucir tan lejos de la tierra, me siento próxima á llorar lágrimas de oro pálido, porque aquella de mis hermanas que está en el riachuelo, puede admirar los menudos y ligeros piccitos y un poco de la pierna de las parienses que por allí pasan.



## EFFECTOS DEL BESO



XV

Ambas dormían, llorando la una y riendo la otra; el resplandor de la lamparilla de noche, cubierta por las alas de dos ángeles guardianes, iluminaba el semblante de las preciosas doncellas.

¿Por qué la mayor, entreabría sus divinos labios, dibujándose en ellos una dulce sonrisa?

Porque en sueños, se le representaba un hermoso joven que había recogido la otra mañana en el paseo el

pañuelo que se le cayó á la niña distraidamente.

¿Por qué se deslizaban líquidas perlas de los ojos de la menor?

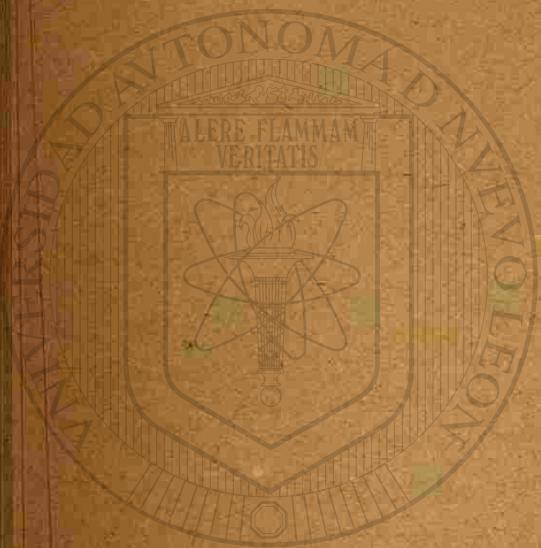
Porque en sus sueños veía á un joven atrevido, que sin temor de llamar la atención de las comadres del barrio, la había seguido hasta su casa, desde la iglesia.

Los dos ángeles que guardaban el sueño de las pudorosas doncellas, se encontraban perplejos por el llanto y la risa de ambas, ellos hubieran querido que su descanso fuera tranquilo y sosegado, y que ni la más ligera nube de alegría ó tristeza empañara sus virginales frentes.

Una idea concibieron para calmarlas; se inclinaron hacia las doncellas que les habían sido confiadas

y las besaron en los labios, á pesar de esta caricia, las niñas no entraron en reposo: la que antes reía, lloraba ahora, y la que lloró primero, reía después.

Esto indica que no hay que confiar en el beso para calmar el corazón de las vírgenes, que de noche son asaltadas por la mariposa negra de las melancolías.



## JUNTO A UN SEPULCRO

~~~~~

XVI

Al entrar en aquel cementerio, fresco, agradable, lleno de rosas blancas é iluminado por el sol del medio día, ví una hermosa joven, que apenas contaría diecisiete años, arrodillada delante de una tumba.

La niña reía á carcajadas, como una loca, y no dejó de extrañarme tan intempestiva alegría.

No se puede imaginar nada más gracioso que aquella linda criatura,

con sus dorados cabellos hechos rizos, sus ojos azules y su fresca boca; pero lo raro en ella era el contento que mostraba junto á las fosas adonde reposaban los muertos.

No pude contener mi indignación, y dirigiéndome á ella, la dije:

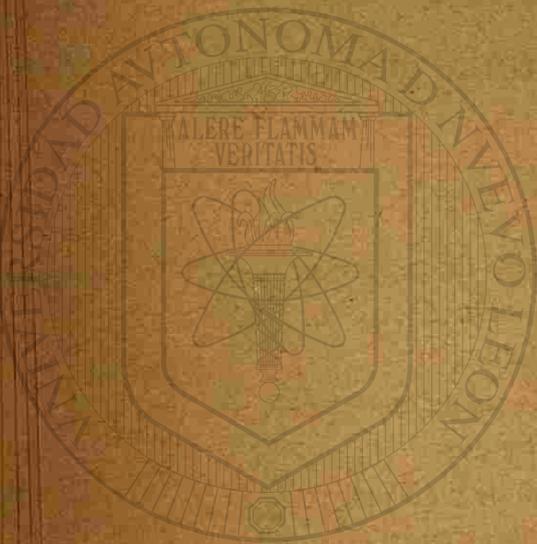
—Señorita, sin duda no sabéis qué sitio es este, ¿ignoráis quién reposa bajo ese mármol?

—Sí—dijo ella—sé, perfectamente, quien descansa en este sepulcro; era mi amigo, mi esposo del alma, mi único bien—prosiguió con voz entrecortada, por los sollozos—cuando él murió, yo creí morir también de pena.

—Sin embargo—repliqué—estáis riendo.

—¡Ah caballero! ¡es que durante su

vida, no tenía más placer que verme contenta y dichosa, y si yo ahora llorase sobre su tumba, estoy segura de que sufriría mucho...!



## EL JUGADOR HONRADO

XVII

— Escuchad — dijo Marión — vamos á entretenernos con un juego que he inventado.

— ¿Se puede saber cuál es? — preguntó él con timidez.

— Sí, oid; yo os digo una cosa, no importa cual, la primera que se me ocurra; si os hace llorar, perdéis y yo gano; si os hace reir, ganáis y yo pierdo.

— Bueno — respondió con melancolía — puesto que tal es vuestro deseo, empezad.

—Al punto—y acercándose á su oído—os aborrezco—dijo.

—Ja, ja, ja....

—Hola—dijo Marión—me enga-  
ñáis. Te ries para hacerme perder.  
Estoy segura de que en el fondo llo-  
ráis á la sola idea de que no os ame.  
Pero bueno, esta vez no se cuenta,  
volvamos á empezar, sólo que ahora  
si lloráis, yo gano, y si no, pierdo.

—Como queráis—suspiró triste-  
mente.

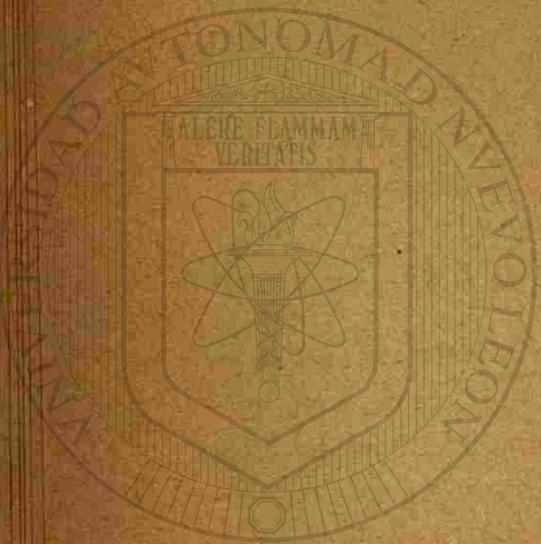
—Oid—dijo ella—os amo con to-  
da mi alma.

El sollozó con desesperación.

—¡Tampoco!—exclamó ella enoja-  
da—como se entiende, ahora debie-  
ráis reiros con la más franca alegría,  
por haberos confesado mi amor.

—Creedme, Marión—replicó él—

lo que acabáis de decirme no puede alegrarme de ningún modo, pensaréis como os de gana, pero permitidme que os diga, que tanto llorando como riendo sois el más leal de los jugadores, pero advertido yo de la mentira que siempre dicta vuestras palabras, nada puede igualar al gozo de oiros decir que no me amáis, como á la desesperación que me produce oiros afirmar que me adoráis con toda vuestra alma.



## MI DULCE AMANTE



XVIII

No es ciertamente virtud que yo pertenezca tan por entero á mi amada, como pertenece la hoja del árbol al huracán, puesto que para mi felicidad y goce ella es perfecta: pero, lo que la hace sobre todo admirable, y la da cierta superioridad entre las demás mujeres, es la dulzura exquisita de su alma.

Una tarde que paseábamos juntos por las afueras de París, hicimos alto

al borde de una sima en cuyo fondo rugía el más espantoso torbellino de aguas que jamás pudo imaginar la mente. Entre el círculo desgarrado de rocas y hielos, se revolvía furiosamente el vértigo tumultuoso del agua bramadora, con sus millares de bocas abiertas y un estrépito horrible comparable sólo al de cien truenos.

Mirando con una ligera sonrisa el espantoso é hirviente torbellino, mi dulce amada quitó de su oreja un grueso brillante que parecía una gota de rocío resbalando sobre el pétalo de un clavel, y lo arrojó al abismo.

Ella—que como os he dicho es la más tierna persona que existe sobre la tierra—murmuró con voz divina, que parecía un murmullo celeste:

—¿Queréis—amor mío—que os

esté reconocida? pues recoged ese diamante que ha caído al agua.

Quedé confundido y extasiado ante la benignidad que me demostraba, y después de una larga aspiración, me arrojé, según su capricho á la onda bramadora y mugiente.

Confieso que pasé momentos atroces: cogido entre las negras fauces de aquel mónstruo líquido, me debatía desesperadamente; yo hubiera preferido encontrarme sentado en la orilla sobre el verde césped, sintiendo en mi rostro el ténue revolotear de las mariposas.

Deseché en el acto este pensamiento y no pensé más que en merecer á la salida una dulce sonrisa de gratitud.

—¿Cómo triunfé del terrible remo-

lino? ¿Cómo no fuí aplastado contra algún escollo ó ahogado entre las furiosas olas?

Lo ignoro, pero es lo cierto, que arranqué el diamante de entre las garras de un mónstruo, que de él se había apoderado, y subí á la superficie, ensangrentado, exánime, sintiendo ya los primeros síntomas de la asfixia, pero mostrando en la punta de mis dedos la reconquistada piedra preciosa.

El espectáculo que se presentó ante mis ojos me sorprendió extraordinariamente.

Mi amiga, estaba sentada sobre las rodillas de un joven de hermosa figura, sin oponerse á que él introdujera sus dedos entre sus hermosos cabellos, ni besase sus rojos labios.

¡Ah! ¡lo que es la irreflexión! Mi primer pensamiento fué correr hacia ellos y darles la muerte, pero tuve el suficiente aplomo para dominar mi punible cólera.

Yo sólo era el culpable en aquel caso; había estado demasiado tiempo debajo del agua. ¡Tres minutos! ¡espacio enorme!

¿Qué mujer estando sola este tiempo, aun la más constante, no hubiera aceptado el amor de dos ó tres jóvenes de buena presencia?

Mi amiga, mi dulce y fiel amiga, no me ha hecho traición más que con uno, por eso no extrañaréis que yo estuviera profundamente admirado.

Haciéndome todas estas reflexiones, me libré muy mucho de estor-

bar el amor de los jóvenes, ocultándome prudentemente detrás de un bloque de hielo.

Apenas me escondí cuando mi hermosa amiga, descubrió á pesar del frío sus hermosos pechos, que acarició él con pasión ardiente.

Ella entonces lo despidió con un ademán y un gesto en el cual se traslucía el deseo de un próximo encuentro.

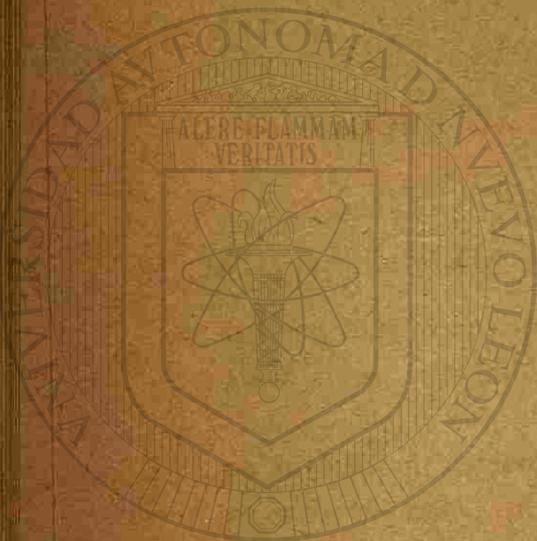
Yo me presente ante sus ojos, y la ofrecí lleno de gratitud el diamante que había rescatado del abismo, con peligro de mi vida.

¿Creeréis sin duda, que estando como estaba chorreando agua, con los cabellos llenos de hierbas y cubierto de pedazos de hielo, ella apartó la cara con horror?

No la conocéis.

Es verdad que separó un poco su vestido, que hubiera podido mancharse, y tomó la piedra alargando el brazo y con la punta de los dedos, pero en cambio me miró dulcemente sin reprenderme por haber tardado tanto, y como supremo favor me concedió que besara la puntita rosada de su dedito de nácar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS  
"ALFONSO TORRES"  
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO



## EL AMOR AL RECUERDO

XIX

Hacía más de cuatro años que había desaparecido y ya se la creía muerta.

El pobre amante, no dejó ni un solo momento de pensar en ella; en vano era que otras mujeres tuviesen para él dulces y placenteras sonrisas y frases agradables, nada podía distraer su corazón dolorido. ¡Era tan hermosa la desaparecida! ¡Había disfrutado con ella tantos momentos de dulce embriaguez!

Triste, crispados los labios, enrojecidos los ojos por el llanto nocturno, veía deslizarse su vida sin encantos ni placeres y encerrado en un feroz escepticismo negaba las dichas de los demás, ya que no podía creer en la suya.

Los escasos amigos que continuaban visitándole, le encontraban inclinado sobre un cajón abierto, besando con amorosos sollozos, cartas, retratos, violetas secas, todos restos preciosos de un amor muerto.

Era imposible que ningún hombre sufriera tanto, creía irremediable su desesperación. ¡Pobre, qué angustias sufría su corazón viudo!

Pero de pronto un día, aparece de nuevo la joven, ¡oh! ¡no ha muerto, volveré á verla!

Lleno de alegría por tan grata noticia, un amigo corre á comunicársela al triste amante que cree morir de placer al escucharla.

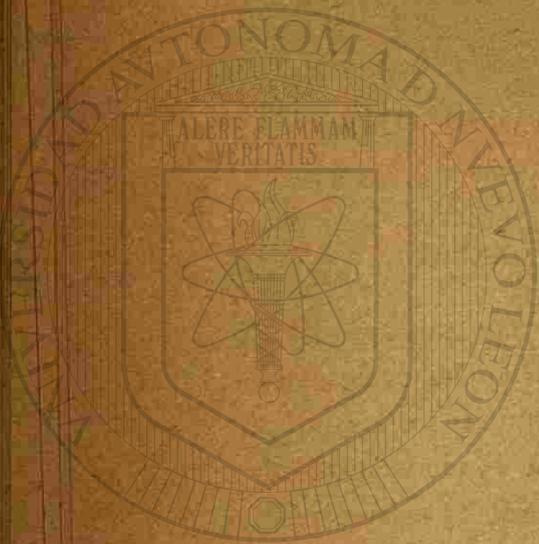
No encuentro palabras con que demostrar su dicha, balbuceaba, reía, lloraba, y sus ojos adquirieron extraordinario brillo.

Pero de repente, desaparecieron todas aquellas muestras de entusiasmo, y acarició con melancólica mirada en el cajón abierto las violetas, las cartas y el retrato.

A las preguntas de su amigo sólo respondió con un sombrío silencio.

Por fin, levantando la cabeza gritó con desesperación.

¡Ha vuelto! ¡ha vuelto! ¡Yo creo que preferiría llorarla muerta!



## METEMPSICOSIS

XX

Hablábamos una tarde de las diferentes formas bajo las cuales habíamos vivido, porque todos los que posean un poco de memoria se acordarán de sus anteriores existencias, y le pregunté á la mujer que es hoy mi única alegría.

—¿Te acuerdas hermosa de haber sido amada alguna vez?

—¡Ya lo creo!—respondió ella— cuando me presentaba en Babilonia, ricamente engalanada según la moda

de aquellos tiempos, los más apuestos y elegantes jóvenes, se paraban sólo para dirigirme un cumplido por mi elegancia, ó para ofrecerme á cambio de una sonrisa amable de mis labios, ricas alhajas de oro y pedrería, que los esclavos llevaban en lujosos cojines de púrpura.

Después, en Roma, era yo una espléndida y soberbia cortesana que se entregaba en los claustros de las iglesias á los lúbricos cardenales de aquella época, y más tarde, hace muy poco, fuí una muchacha tan virtuosa que los más distinguidos caballeros ostentaban con orgullo, las moradas señales de mis dedos en su rostro.

Me acuerdo — prosiguió — de haber sido la más fiel y casta esposa de un pastor calvinista que me decía con

adoración:—Es menester creer en las santas, puesto que tú existes.—Y luego fuí querida de un oficial de húsares, que se hizo matar en una batalla, porque le negué el día antes de entrar en acción una rosa que llevaba prendida en mis cabellos.

Quedé muy complacido al saber que mi amante había tenido apasionados, durante sus anteriores existencias.

—¿Te acuerdas—volví á preguntarle un poco inquieto—de haber amado en alguna de las encarnaciones por que has pasado?

—Sí—me contestó—recuerdo haber amado varias veces; reina de un país bárbaro he combatido á la cabeza de mis ejércitos, contra los hombres de Occidente que querían arreba-

tar mis inmensos tesoros reunidos bajo las tiendas de mis desiertos, y al saber la muerte de uno de mis guerreros favoritos que había sucumbido en la batalla, me atravesé el corazón con una aguda lanza.

He amado también, viviendo en la Groelandia, á un hermoso pescador de perlas y corales, y después á un marquesito fresco y rosado cual una joven y á un vizconde pintado como una comediante.

Mientras fuí española, quise con toda mi alma á un caballero llamado Don Fernando, hasta el punto, de que una noche estrangulé á mi rival en su propio lecho; siendo costurera tuve un amante, á quien llamaba cantando desde la ventana de mi buhardilla, y por último, fuí una esposa

tierna y delicada, que esperaba con el corazón intranquilo y roja de rubor á su marido.

Las infinitas veces que había amado me inquietaban muy poco, pues á lo menos me probaba que conservó toda la ternura de su corazón, á través de las edades.

Por último, la interrogué con ansiedad:

—¿Recuerdas haber sido fiel á alguno de tus amantes?

Pasó largo tiempo y por fin contestó.

—No, no me acuerdo.

Esta respuesta me dejó anonadado, porque, ¿cómo creer en la constancia de una mujer que nunca la ha tenido?

Pero mi desesperación no duró

mucho, porque abrazándome dijo:

—No, no me acuerdo de haber sido fiel nunca, pero me acordaré en mis futuras existencias.

## EL AMANTE INCENDIARIO

XXI

Todo el mundo conoce los horrosos desastres ocurridos en el castillo de Ruremonde, ocasionados por el más espantoso incendio.

Es imposible olvidarlos, porque los periódicos relataron con mil detalles la horrible catástrofe; infinidad de personas se vieron sorprendidas por las llamas al final de un baile campestre; gritos de dolor, miembros magullados, y finalmente, los techos de las habitaciones que se

desplomán sobre las infelices víctimas.

Pero lo que todos ignoran, son las causas que produjeron este accidente; unos á otros se preguntan, cómo pudo el fuego penetrar con tanta furia en el castillo é invadirlo en un momento.

Yo he podido descubrir el secreto, y voy á referirlo para gloria del amor.

En el fondo de un saloncito muy distante del gran salón de baile, dos niños, dos prometidos, él de veinte años y ella de dieciséis, felices y contentos se hablaban muy bajito, prodigándose apasionadas é inocentes caricias, porque se amaban con infinita ternura.

De repente, la niña, mientras que

su amigo murmuraba á su oído frases deliciosas, se desprende del tocado una margarita que había arrancado pocos momentos antes del fresco tallo, y le pregunta si la quiere su novio.

Tranquilo, satisfecho, seguro de su amor y lléno de fe en la sinceridad de la flor, el joven amante, veía los pequeños y sonrosados dedos de su amiga, arrancar una por una las blancas hojas.

Pero ¡ah! que un sudor frío inunda su frente, palidece, tiembla y se siente próximo á desfallecer, él acaba de contar con una rápida mirada las que todavía quedan, y ve con terror que la respuesta será negativa.

¿Concebirá la graciosa joven por una cruel mentira de la margarita,

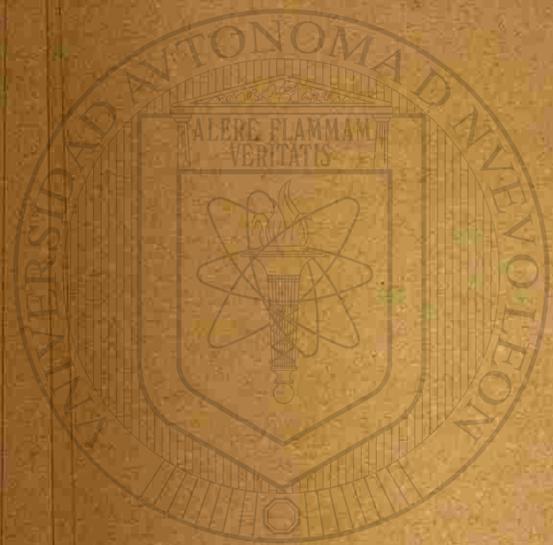
sospechas sobre la firmeza é intensidad del amor que la profesa?

Sin vacilar un solo momento, coge el candelabro que está sobre la chimenea, y mientras la niña suelta llena de terror aquel resto perfumado que aun no ha concluído de deshojar, aplica la llama á las colgaduras de gasa que arden con rapidez suma, y bien pronto se comunica el fuego á todo el castillo.

Desde entonces, cuando se habla delante del enamorado doncel de las víctimas y desastres que ocasionó el incendio, siente pesar y tristeza porque es noble y compasiva su alma, pero ni la más ligera sombra de remordimientos

Fué muy lamentable que perecieran tantas personas, pero hubiera sido

verdaderamente criminal dejar que una duda penetrase en el corazón de su amada, haciéndola sufrir todas las torturas de la desconfianza.



EL LUIS DE ORO, LA ALHAJA  
Y LA ESTRELLA

XXII

Entre dos adoquines de la calle cubierta de barro, brillaba un objeto, en una clara noche de diciembre.

Pasó por aquel sitio un viejecito feo, arrugado, con aspecto de feroz usurero, y apercibió el objeto que despedía rayos de luz á la pálida claridad de la luna.

—¡Oh!—murmuró—seguramente eso que brilla es un luis de oro—y apresuradamente, tentado por la

codicia, se bajó á recoger aquel tesoro.

Pero ¡ah! que sus esperanzas resultaron fallidas, no era una moneda lo que el viejecillo había descubierto entre la juntura de dos adoquines, era simplemente una esquina de la piedra á la que la luz del gas daba un reflejo.

Continuó el buen hombre su camino muy contrariado por el engaño, pero orgulloso al propio tiempo por no haber sido visto.

A los pocos momentos, apareció en el final de la calle una bellísima joven que acababa de pasar varias horas en el cuarto reservado de un *restaurant*.

Venía vacilante, incierta, notándose en su rostro todos los síntomas de

una asquerosa borrachera, pero conservando á pesar de esto su espléndida hermosura.

Al pasar por junto á los adoquines, se apercibe del objeto brillante y detiene su paso.

Ella ha creído que es una alhaja, desprendida de la oreja ó del brazo de alguna dama elegante, pero como no es de las que se dejan engañar, por falsas apariencias, se dirige con aire un poco desconfiado hacia el objeto.

¿Era una piedra fina? No ciertamente, es un reflejo de la luz sobre la tersa superficie de la piedra.

La pobre niña se alejó un poco descontenta por no haber encontrado un pendiente ó una sortija, pero satisfecha por no haber concebido

en un principio grandes esperanzas.

Envidioso del usurero y enamorado de la joven, pasó un poeta por esta misma calle; era un joven pálido, triste, con largos y despeinados cabellos, y ojos azules que miraban siempre hacia los tejados, como queriendo descubrir un más allá.

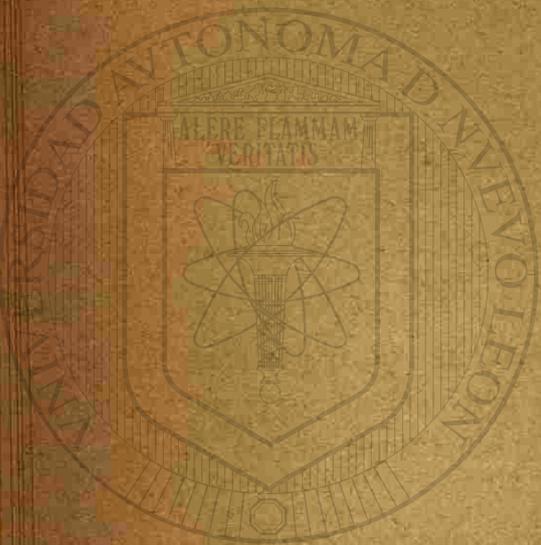
El hubiera deseado tener en sus bolsillos gruesos fajos de billetes de banco, porque de este modo podría hacer limosnas y comprar collares y brazaletes á las pequeñas floristas de los cafés; seguía á la hermosa niña, embriagado ó no, porque tenía los labios más rojos que las hojas de una rosa recién abierta.

Apercibe de repente entre los adosquines la cosa que brilla, y, ¡ah!— exclama—es una estrella, una precio-

sa estrella que ha caído del firmamento.

No es extraño que el melenudo poeta creyera en la posibilidad de que los astros se desprendan de su centro y bajen hacia nosotros, porque su imaginación exaltada estaba siempre pronta á creer en todo aquello que fuera inverosímil ó maravilloso.

Lleno de seguridad y contento por el hallazgo, se baja á recoger el objeto, y en efecto, encuentra la preciosa estrellita que él había soñado, pues los reflejos del gas sobre la piedra le daban todo el aspecto de una luz celeste, pronta á desaparecer, cuando el mechero se apagase.



## QUERRELLA CON UNA ROSA

XXIII

Aquella rosa me dijo tristemente, mientras los rayos del sol nos envolvían como finísima lluvia de oro en polvo.

—Caballero, queréis cogermé demasiado pronto, ved, apenas si he salido del capullo. Esta mañana se han abierto mis hojas bajo los pálidos colores del alba, y aun quedan en mis pétalos algunas gotas del rocío de la mañana.

Es verdad, que ya he sentido con

delicia penetrar en mi corazón los calores del estío, y no os oculto, que más de una abeja—yo las prefiero á las avispas—ha aspirado con una caricia brutal la miel de mis pétalos. ¡Pero me quedan que gozar tantas alegrías en este jardín adonde abundan los insectos! ¡Cuántas mariposas—si me dejáis vivir—se posarán sobre mí, á pesar de lo acerado de las espinas que cubren mi tallo!

¡Ah! ¡no me cojáis aún! ¡No hay otras flores en este perfumado recinto? Mirad, ahí tenéis jacintos, claveles, jazmines, nardos, entre todas podéis formar un ramo brillante sin necesidad de cortar mi vida.

Muchas de las rosas que véis aquí, no se entristecerían de ser cogidas, puesto que, abiertas anteayer, están

desfallecidas por los muchos besos que sus cálices han recibido. Pero yo, una flor joven, apenas abierta, con esperanzas, con ilusiones, no quiero ver marchitarse mi existencia en un dorado jarro del Japón. Dejadme gozar de los placeres que se me ofrecen, dejadme embriagar con la dulzura de mis perfumes á las mariposas, que me acarician con sus ténues alas, á los rayos del sol que sobre mí se posan, á las brisas que al pasar, agitan mis hojas, dejadme vivir hasta el crepúsculo del día de mi boda.

Yo la respondí:

—Estoy enternecido querida flor, por lo triste y razonable de tus quejas, y si pudiera, créeme que separaría gustoso mi mano que te

amenaza, pero debo elegir para Celia, la más encantadora flor de este jardín, y nada podrá impedirme cumplir con mi deber.

—Pero—dijo la rosa—¿es para Celia, para quién queréis cogedme?

—Sí—respondí yo.

—¡Celia—añadió—es la joven que se pasea todas las mañanas por este jardín, con un peinador de muselina y encajes tan perfumado, que las brisas se separan de nosotras con objeto de seguir el aroma de su vestido!

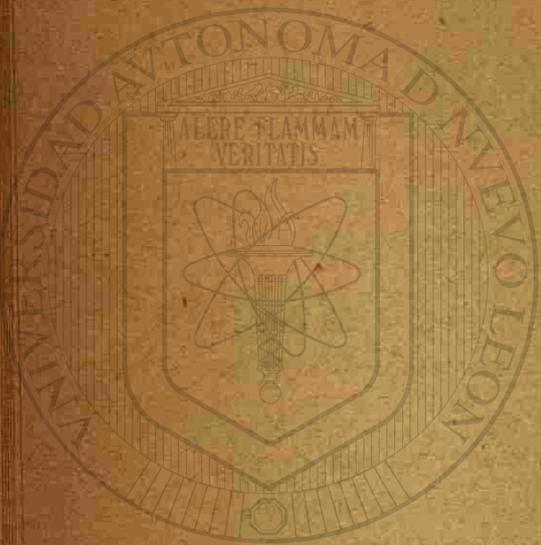
—La misma.

—¿Celia, es la joven que encanta al día con su sonrisa donde se posan amorosamente, todos los resplandores del verano?

—Sí.

—¡Oh! en ese caso, cogedme, sí,

cogedme—dijo ella—lo consiento, lo quiero, lo ambiciono, no echaré de menos, ni el batir de las alas de las mariposas, ni las brisas perfumadas de primavera, con tal de que Celia, dos ó tres veces, distraída y pensando en otra cosa, se digne poner sobre mí su boca parecida á los labios de una mujer, su boca semejante á una rosa.



## LA FLOR QUE TIEMBLA

XXIV

Nada más precioso y encantador que aquella flor en medio de la llanura helada.

Es la rosa más pequeña de este diminuto rosal; son tan delicados sus pálidos colores, y está tan cubierta de escarcha, que todo el que la ve no acierta á explicarse cómo puede resistir á los fríos vientos del Norte.

Sin embargo, á mí no me sorprende, porque estoy enterado del motivo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS

"ALFONSO CASTELLANOS"

Año de 1925 MONTREY, CALIFORNIA

En el pasado abril, un hada con alas de mariposa, que atravesó el jardín, entonces lleno de verdura, había tocado con el dedo pulgar de su pie, un solo punto de la tierra, y en él dejó la primavera eterna: la flor nacida en aquel sitio no se marchitará nunca.

Pero tiene mucho frío, tanto, que con su rosada blancura, semejaba el cuerpo desnudo de un niño metido en una cuna de escarcha.

Al ver que yo la contemplaba con admiración, me dijo:

—Caballero, no hay suerte peor que la mía, porque no puedo terminar mi vida como las demás flores; el invierno, queriendo marchitarme me hiela, y siento mil espinas frías que como acerbas puntas de hielo

penetran en mis delicados pétalos; si vuestro corazón no es duro como el granito de la montaña, tened piedad de mí, yo os lo ruego; haced que tenga cerca un poco de calor, todo lo que me resta de perfume, lo daría por un rayo de sol de estío.

Quedé profundamente conmovido al escuchar estas palabras de la rosa, pero, ¿cómo ayudarla? Rogar á las nubes que se abriesen para dar paso al calor del sol, de nada me hubiera servido. Pensé ir al bosque y con algunas ramas secas, encender una hoguera alrededor de la rosa; pero el viento del septentrión, hubiese extinguido la llama y dispersado las brasas.

¿Qué hacer? ¿Dejaría sufrir sin tregua por todo el largo invierno á la linda suplicante?

Afortunadamente tuve un buen pensamiento, corrí á casa de mi amante la de los cabellos de oro, y le conté lo que me había ocurrido.

No dudó un solo momento, vistiéndose de prisa y llegamos con rapidez increíble al sitio donde la flor se extinguía de frío.

Inclinóse mi amiga sobre el tallo y soltó uno de sus rizos que cubrieron todas las hojas.

—¡Oh!—exclamó la rosita de la llanura—¡qué dulce es el calor del sol!

## TU NOMBRE



XXV

Yo quisiera, ¡oh! queridísima amiga mía, olvidar en absoluto tu nombre, ese nombre que por tantas madrinas ha sido ya dado preferentemente á otras muchas personas; lo he olvidado por completo, ya no recuerdo de las sílabas de que se compone.

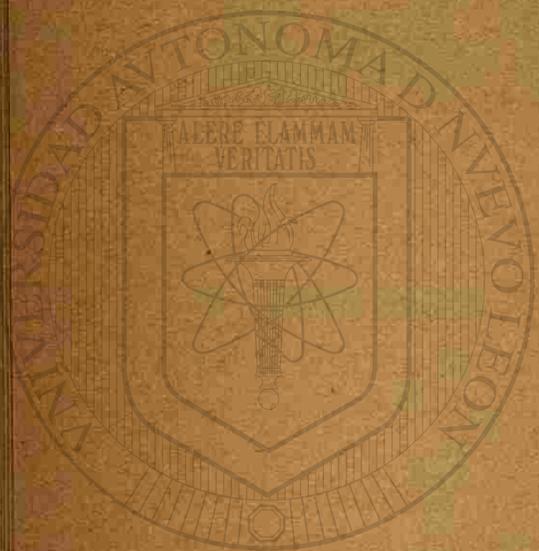
Tu nombre para ser justo y expresivo, es necesario que se asemeje al finísimo oro de tus cabellos, al rojo de tus labios ó al azul purísimo de

tus pupilas, amada mía. Déjame pensar, esta es una cosa demasiado grave para tratarla muy de ligero.

Vamos, á ver, ¿cómo te llamarás tú? Puesto que el dorado reflejo de las mieses en agosto, corona tu frente de alabastro, creo que debieras llamarte espiga ó mies, pero, ¡ah! no, que tú eres más deliciosamente rubia que todas ellas; debo buscar mejor. ¡Diré que eres una rosa entreabierta, tan sutil y tenue como la brisa? Tampoco, que tu boca es más rutilante que la púrpura de las rosas. ¿Estrella? Menos, porque las miradas de tus ojos, son más azules que el firmamento y éste tendría celos y envidia. ¡Ah! que en realidad soy bien torpe, pues por más que me esfuerzo no puedo encontrar una frase con que designarte;

¡maldita imaginación la mía, que tan rebelde se muestra en la ocasión presente!

Tú, hermosa y querida niña, eres mucho más bella que todo lo que de oro, púrpura y azul existe en la tierra y en cielo, y las cosas más admirables no se te parecen más que para que tengas el placer de humillarlas con tu superioridad, de suerte amor mío, que renuncio á nombrarte por medio de signos incompletos y que no expresan con verdad todo lo que eres, y puesto que poseis un nombre tan incomparable como tus cabellos, mi querida; como tu boca, mi bien amada, y como tus ojos, encanto mío; te nombraré por este, diciéndote siempre: ¡tú!



## JUSTO CASTIGO

XXVI

Al penetrar aquella noche, gracias á la llave que el día anterior le había entregado Ludovico, en la antecámara de la habitación de su amante, sintió la bella Margarita un tenue y casi imperceptible ruido detrás de ella, que la hizo volver la cabeza con celeridad, reconociendo á su rival á la claridad de la lámpara que pendía del techo.

—¡Luisa!

—¡Margarita!

—¿Tú?

—¡Yo!

—¿En casa de...?

—Ludovico.

Quedaron un instante mudas, contemplándose con reconcentrado furor.

—Señora—dijo Margarita temblando de cólera—quisiera saber que serie de circunstancias os han conducido aquí á una hora tan intempestiva.

—Señora—respondió Luisa ardiendo en ira—quisiera saber cuál es el motivo que ha ocasionado vuestra visita á un hombre á quien estimo.

—A mí, señora, Ludovico me ama.

—A mí también.

—A mí ayer...

—A mí después...

—Me decía...

—Me afirmaba...

—Dándome...

—Enviándome...

—Esta llave...

—Y á mí ésta...

—Que le agradaría...

—Que le entusiasmaría...

—Viniera á sorprenderle...

—Viniera á despertarle...

—Después de media noche...

—Antes de madrugada...

—Cuando quisiera.

—Cuando tuviera el capricho de hacerlo.

Arrancarse los ojos la una á la otra, fué lo primero que se les ocurrió; pero, no; eran tan bonitos aquellos ojos en los cuales se retrataba la esperanza del placer prometido, estaban ambas tan hermosas con sus li-

geros movimientos de tórtolas encolezadas, había tal encanto en los graciosos rizos que les caían sobre la frente, que renunciaron á sus violentas intenciones. Vengarse, ¡sea! pero de él sólo.

—¡Con que el muy tunante...!— dijo Margarita.

—¡El mónstruo..!—Replicó Luisa.

Y sus bocas, próximas á morderse pocos momentos antes, prorrumpieron ahora, en alegres y ruidosas carcajadas, iluminadas apenas por la luz de la lámpara que también reía misteriosamente.

\* \* \*

Lo que principalmente distingue la habitación particular de un joven

soltero y elegante, es que en lugar de esos fríos y duros bancos, principal ornato de las casas de huéspedes, fondas, vestíbulos de ministerios y otros edificios públicos, existen cómodas butacas, cuya mullida curvatura, convida á las damas al olvido absoluto de sus deberes.

Pero ¡ah! que él ha llegado; la lámpara no alumbra, ya se ha extinguido; nada puede oirse de lo que pasa en la alcoba, gracias á los pesados cortinajes que cubren sus puertas.

.....  
No durmió hasta el alba, esperando en vano.

—¿Cómo?—se decía con sorda irritación—¿ni Margarita, ni Luisa, ni la otra? ¿Qué es esto?

Y estaba perfectamente hecho, por-

que cuando se tienen dos ó más amigas, nada es más digno de castigo, que la imprudencia de no evitar encuentros entre ellas; ¡entre ellas cuya venganza puede llegar hasta lo sublime!

Los amantes previsores, lo mismo que los banqueros que llevan multitud de negocios en la cabeza, deben siempre tener un libro donde anotar los vencimientos de los pagarés de amor.

## LA QUE FUE MORENA

XXVII

Bien pronto ha comprendido mi adorada, que es absurdo estando cubierta de nieve y rosa, envolverse entre los negros y tristes pliegues de la sombra.

Su pálido color mate la hacía antes deliciosamente lánguida, semejando su rostro, al cual servían de marco aquellos hermosos y rizados cabellos, un trozo de marfil colocado sobre un plato de ébano.

Pero ¡ah! que ella ha creído cobardemente, que una mujer podía dejar de ser morena sin sentir luego los más horribles remordimientos.

Sabiendo que el hombre es inconstante y olvidadizo por naturaleza, y que el mejor aliciente que puede encontrar es la variación, ha comenzado á emplear las tintas más ó menos perjudiciales para el cutis, y cogiendo sus hermosos cabellos negros como las alas del cuervo, los ha teñido dándoles el más brillante color del oro, de suerte, que yo ahora, muriendo de celos y angustias, beso y muerdo sobre los finísimos encajes de las almohadas, todos los parecidos de diversos rubios.

Sin embargo, preciso es confesar que tal variación va acompañada en

lo que á mí atañe, de una insoportable melancolía.

En el tiempo en que era morena, conservando todavía su primitivo color, ella me guardaba una fidelidad tan absoluta, que no podía quebrantar, ni los atrevidos ofrecimientos de los más arrogantes donceles, ni los consejos de las amigas, que siempre saben deslizar una frase licenciosa en los castos oídos de las felices amantes.

Desde que sus cabellos tienen el más exacto parecido con el oro, estoy en el deber de confesar, que sin dejar de ser cariñosa conmigo, es mucho más cruel para los demás; pero, ¡ah! que si ella desdeña con soberbio desprecio todas las frases amorosas que la dirigen de rodillas, los que

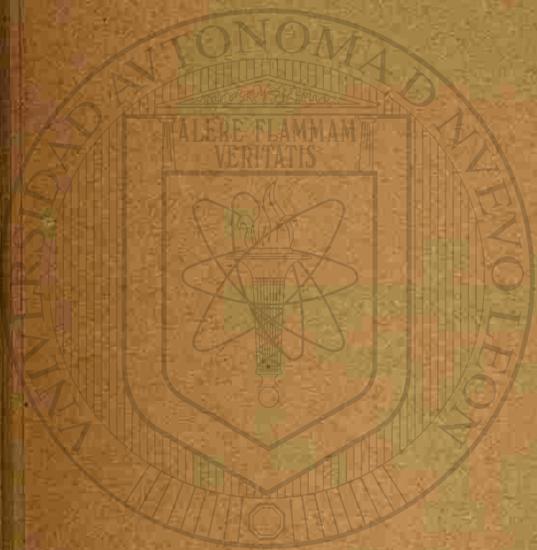
pretenden poseer su maravillosa hermosura, en cambio se muestra menos hostil á las delicias de los salones adonde los hombres no ponen jamás su planta.

Jamás he sentido unos celos tan horrorosos de las amigas de mi amante, por lo mismo que yo no puedo proporcionarle los mismos placeres que ellas la proporcionan.

¿Pero me sería más querida morena y fiel, que rubia inconstante?

¡Ay! no lo sé. ¡Qué amargas y qué tristes son las lágrimas que se derraman en el silencio de alcoba, cuando se espera á alguien que nunca llega, y los ruidos de los carruajes que se acercan nos hacen suponer siempre que conducen en su interior á la persona querida. Ella, ella está mien-

tras yo me desespero y lloro, posando sus labios de rosa sobre las blandas cabelleras de mis rivales femeninas; pero, ¡qué digo! estoy loco, soy el más feliz de los hombres, mi querida no puede faltarme por que es rubia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## LAS SOLITARIAS

XXVIII

Existían en los tiempos á que se refiere esta historia dos pequeñas hadas, que se amaban con una ternura infinita. La una, no más alta que la hierba de un prado, tenía por nombre Muguette, la otra, que necesitaba levantarse sobre la punta de sus piecitos para mirar por encima de unas fresas salvajes, se llamaba Liserón. Era absolutamente imposible encontrar á Liserón sin Muguette, y á Muguette sin Liserón, tan felices se con-

sideraban viviendo juntas. Por todas partes se las veía acompañadas la una de la otra: al borde del bosque *Broceliande*, cuando las rondas matinales de las buenas Damas se deslizaban, sin tocarlo apenas, por el verde césped cubierto de rocío; por entre los juegos de Sílides que subían y bajaban como los deshollinadores por una chimenea, allá, en las orillas del Botton, muy cerca del mar que ruge, donde se embarcan las hadas en pequeños esquifes contruídos con una cáscara de almendra. Cuantas veces los jóvenes pastorcillos que conducen sus rebaños al interior de estos bosques, habían escuchado un ruido ténue y ligero, casi imperceptible, semejante al que producen dos hojas de una flor que se chocan al caer so-

bre el húmedo musgo. Aquel ruido lo producían Liserón y Muguette, besándose con pasión en la boca.

Lejos de mí el pensamiento de aprobar, por frescos y rosados que fuesen sus labios, una familiaridad tan contraria á las conveniencias; estoy de acuerdo con la mayor parte de los moralistas que afirman, que esta clase de caricias no deben concederse nunca más que en sitios solitarios y ocultos, pero jamás entre personas del mismo sexo. Estas dos pequeñas hadas hacían muy mal en no reservarse de los Faunos que poblaban aquellos sitios, por más que éstos en época no muy lejana, se habían ocupado en hacer proposiciones á las hijas de aquellas tierras; y sobre todo, ¿no se les veía mezclarse y

tomar parte muy activa en las danzas matinales ó nocturnas que se celebraban sobre la verde alfombra de la pradera? Pues yo os pregunto: ¿el culpable empleo de las dos adorables bocas no es más digno de perdón que lo sería la infidelidad de sus deplorables homenajes? En fin, ¿qué os diré yo? Los hechos son los hechos y no puede hacerse que dejen de existir las cosas que ya se han verificado; culpables ó no, las dos bonitas hadas daban mal ejemplo.

¡Pero qué bien lo daban...! ¡Con qué placer nunca satisfecho y repetido siempre...! No hubierais dejado de enterneceros aun reservando la opinión de vuestra conciencia indignada, al haberlas visto con sus pequeños brazos desnudos, extender las verdes

hojas sobre el suelo y reclinar luego sus cuerpecitos de insectos, sirviéndoles de almohada los cabellos no más largos que las ramas de una margarita silvestre; era aquello según la expresión de un heróico poeta, la felicidad en el crimen.

Mas la Providencia no podía autorizar por mucho tiempo que se repitieran hasta la exageración aquellos deliciosos éxtasis: eran demasiado felices Liserón y Muguette, para que durara su dicha.

Aprended la aventura que las hizo separarse.

Una noche en que buscaban un albergue adonde entregarse á sus apasionadas caricias, repitiendo el agradable pecado de todos los días, se encontraron en presencia de un

lirio blanco y de una rosa del mismo color, hermosa y fresca, aunque un poco ajada por el roce continuo de las alas de las mariposas.

—¡Oh! ¡hermoso lirio!— exclama Muguette, y Liserón dice.—¡Oh hermosísima rosa!

—En este lirio dormiremos hoy— dijo la primera.

—No por cierto, que será en esta rosa—afirmó la segunda.

Se empeñó entre ellas discusión acaloradísima, llegando á incomodarse seriamente.

¡Locas y necias! ¿Qué podía importarles la cama si no habían de dormir; si por experiencia sabían que en cualquier lecho donde se metieran, sus ojos no se cerrarían sin haber gustado antes sus cuerpos todas las

deliciosas caricias á que se entregaban siempre en sus amorosos transportes?

Mas lo mismo que las mjeres, tienen las hadas sus nerviosidades y no son en acasiones dueñas de reprimir sus ímpetus.

—Ha de ser en la rosa.—Ha de ser en el lirio—gritaban golpeando el suelo con sus diminutos piececillos.

Crispaban los puños demostrando todo el furor de que se hallaban poseídas, hasta que la aventura tuvo un extraño y triste desenlace.

—¡Me acostaré en el lirio!—dice Muguette.

—¡Y yo en la rosa!—gritó Liserón. Y sin perder un momento se extendieron á lo largo de los tallos, subiendo por ellos como los niños por una

cucaña, hasta desaparecer dentro de los cálices.

¿Creeréis que el enfado fué de corta duración? Nada de eso, las dos conservaban un rencor amargo que las impedía reunirse de nuevo.

Daba pena considerar que las pequeñas esposas harían aquella noche cama aparte, estando ya tan acostumbradas á lo contrario.

Empezaron por fastidiarse de verse solas y más tarde tuvieron la idea de reconocer sus errores y cambiar un perdón, pero eran demasiado orgullosas aunque fueran tiernos y cariñosos sus corazones, y por esta causa, se mantuvieron en la soledad de su albergue.

¡Qué de voluptuosos recuerdos acudían á sus doradas cabecitas, en

la soledad y tristeza del improvisado lecho! A pesar del enfado no dejaban de pensar la una en la otra, ¡se amaban tanto!

Ellas encontraron entre las quimeras de su sueño todas las embriagadoras dulzuras de sus amantes besos.

La brisa mecía lánguidamente las flores donde se habían refugiado las dos hadas; una ráfaga de aire más fuerte hizo que ambos lechos se aproximaran hasta confundirse.

Llegó el alba y terminó el sueño, bajaron Muguette del lirio y Liserón de la rosa, tristes, desfallecidas, revelando en todos sus movimientos, una voluptuosa fatiga.

Se vieron, pero fingieron no verse, ¡ah! una sola noche de separación había sido suficiente para convencer-

las de que también la soledad tiene al par que encantos, maravillas sublimes, inapreciables.

Desde aquel día Muguette y Liserón evitaban verse cuidadosamente, ¡ellas que con ardiente afán se habían buscado tantas veces!

No sólo no se prodigaban ternuras, sino que llegaban á mostrarse indiferentes la una con la otra; todas las noches, viéndose con la más glacial indiferencia subían Muguette á su lirio y Liserón á su rosa; y allí se entregaban al más dulce de sueños.

Vosotras, ¡ah! jóvenes vírgenes y pudorosas me haréis la justicia de reconocer, que yo, al comenzar este relato, reprobaba con todo mi corazón las dulces expansiones amorosas

de las pequeñas hadas, he censurado duramente aquellos besos furtivos dados entre las verdes ramas de la pradera, cuyo ruido parecía un dulce murmullo de hojas, he procurado separaros del mal camino, procurando que no sigáis tan perniciosos ejemplos, pero sabedlo bien, condeno con más energía el rencor y la inconstancia que demostraron, separándose voluntariamente, solo por haber regañado una sola vez.

Amad de corazón, ¡oh! tiernas doncellas, á vuestros prometidos; amad con el alma y los sentidos, ¡oh! jóvenes esposas á vuestros maridos y amantes aunque tengáis que resignaros muchas veces á algunas pequeñas concesiones, á sonrojaros por ejemplo, cuando os levantéis de la *chaise-*

*longue*, á donde os ha conducido la persistencia de una amiga deliciosa.

¡Qué jamás! ¡Oh! vírgenes tengan vuestros castos lechos ningún parecido con el lirio de Muguette, ni que vuestras camas, jóvenes esposas, se parezcan en nada á la rosa un tanto marchita que servía de refugio á Liserón.

No seáis nunca las hermanas, cómplices ó imitadoras de las pequeñas hadas, no juntéis vuestros labios de rosa, con otros que sean de exacto parecido; pero, ¡ah! que si despreciando mis consejos, seguís el ejemplo, seréis maldecidas por todos los hombres que sean dignos de llevar el nombre de amante, sí, maldecidas, maldecidas y condenadas sin apelación ante el tribunal del amor.

## LA LIMOSNA

XXIX

¡Qué injusta es la horrible fealdad de la pobreza! ¿Ya que no posee los hermosos trajes y aderezos con que se engalanan las jóvenes ricas, ni los suntuosos trenes en que pasean su opulencia las esposas é hijas de los banqueros enriquecidos por las quiebras de otros, no sería equitativo al menos, haberla dotado con el don de la hermosura?

Si fuera bonita, poco, muy poco, la importaría el resto del mundo, porque podría tener por amante al-

*longue*, á donde os ha conducido la persistencia de una amiga deliciosa.

¡Qué jamás! ¡Oh! vírgenes tengan vuestros castos lechos ningún parecido con el lirio de Muguette, ni que vuestras camas, jóvenes esposas, se parezcan en nada á la rosa un tanto marchita que servía de refugio á Liserón.

No seáis nunca las hermanas, cómplices ó imitadoras de las pequeñas hadas, no juntéis vuestros labios de rosa, con otros que sean de exacto parecido; pero, ¡ah! que si despreciando mis consejos, seguís el ejemplo, seréis maldecidas por todos los hombres que sean dignos de llevar el nombre de amante, sí, maldecidas, maldecidas y condenadas sin apelación ante el tribunal del amor.

## LA LIMOSNA

XXIX

¡Qué injusta es la horrible fealdad de la pobreza! ¿Ya que no posee los hermosos trajes y aderezos con que se engalanan las jóvenes ricas, ni los suntuosos trenes en que pasean su opulencia las esposas é hijas de los banqueros enriquecidos por las quiebras de otros, no sería equitativo al menos, haberla dotado con el don de la hermosura?

Si fuera bonita, poco, muy poco, la importaría el resto del mundo, porque podría tener por amante al-

gún gallardo mancebo, pobre como ella, quizá poco honrado, un ladrón, un ratero, tal vez asesino, pero esto no importa, amante al cabo.

¡Ser amada por cualquiera! es lo único que merece la pena de vivir.

Opulencia, gloria, probidad, inocencia, todo esto y más, lo tienen entre los labios dos seres que se besan apasionadamente.

¡Pero es tan fea! Sus ojos de color rojizo, están como apagados bajo unos mechones de cabellos cortos y crespos; su boca, cuyos dientes son amarillos y desiguales, sólo ofrecen al amor—que los rechaza—labios pálidos y secos; y la extremada delgadez de sus mejillas harían alejarse con repugnancia al más ardiente seductor de mujeres.

¡Fea á los quince años!

¡Nada más inconcebible ni más amargo!

¡Abril sin perfumes! ¡Mayo sin flores! ¡Adolescencia sin gracia!

De todos los recuerdos melancólicos que de mi vida conservo, el más triste, es haber visto una tarde de primavera una rosa al extremo de un montón de césped, ni blanca ni encarnada, sucia, mustia á pesar de estar en el tallo, ¡fea en una palabra! que tendría como final horrible, ser aplastada por las ruedas de un coche.

Todo en la pobre mendiga parecía propósito para inspirar compasión.

El verano pasado estaba élla una mañana en el bosque de Meudon, balbuceando por costumbre y sin saber lo que decía, yo no sé qué palabras.

Su mano extendida, imploraba una limosna á las escasas personas que circulaban por aquel sitio.

Los unos la veían y pasaban sin hacerla caso, eran generalmente honrados industriales con sus mujeres y sus hijos, gentes probablemente ricas; los otros le dan alguna moneda, tomándola por ciega á causa de sus apagados y tristes ojos; éstos son generalmente pobres diablos que habían contado sus ahorros antes de salir á paseo. No tener casi nada, aconseja ser caritativos con los que nada poseen.

Ella no decía una palabra, ni siquiera daba las gracias á todos aquellos que socorrían su miseria, como si le fuera indiferente en absoluto cuanto la rodeaba.

¡Ah! lo que la infeliz mendiga deseaba, nadie podía dárselo: no; jamás recibiría un beso de ningún hombre.

Y... continuaba con la mano extendida implorando la caridad pública.

Pasaba en aquel momento una pareja de enamorados radiantes de alegría y hermosura.

La joven, llevando sobre sí más perfumes que el bosque, rozaba con su vestido de batista las agudas zarzas del camino, y su gracioso sombrero, comprado en la tienda más elegante de París, se movía bajo la bóveda de follaje, entre las pequeñas mariposas.

Era la niña más bella y elegante de las parisienses. Sus encantos resaltaban de una manera prodigiosa

en medio de todas las armonías de la naturaleza, y hasta los tiernos pajarillos que revoloteaban en las copas de los árboles, suspendían sus alegres gorgeos, vencidos y humillados ante la dulzura y melodía de su voz de ángel.

El joven, llevándola del brazo, la miraba extasiado, haciendo caso omiso y sin fijar su atención en el pálido azul del cielo, y en todas las maravillas que le rodeaban, él no debía mirar más que á su incomparable amiga que de tan buena voluntad se había prestado á seguirle, y que quizá en aquel mismo instante acariciaría la idea de abandonarse en sus brazos, cuando la noche empezara á tender sus negras alas, dando encantos misteriosos á este sitio apartado del bos-

que donde alguna vieja encina carcomida por el tiempo, ofreciera su retorcido tronco, como el más agradable y voluptuoso diván de plumas.

Al pensar el joven amante en todo esto, estrechaba con mayor fuerza á su querida, con toda la sinceridad de que puede ser capaz un hombre que debe á la práctica en las lides de amor, la triste experiencia de no ignorar la poquísima ilusión que siempre sigue al deseo, después de las caricias y al día siguiente del placer.

Verdaderamente se amaban; ¿y cómo no? El veinticinco años, élla treinta, él conservando sus primeros ardores, aunque instruído en el arte de amar, élla capaz de abandonarse, aunque muy experta en las primitivas ingenuidades apenas olvidadas, él su-

biendo, élla empezando á bajar el camino que hay desde la primera esperanza al rencor primero.

Tres meses hacía que se conocieron y en noventa días no habían tenido ni una sola hora de enojo.

Creyéndose solos en aquella alameda desierta del bosque de Meudon, se abrazaron con infinito entusiasmo.

Una especie de murmullo que sonó á muy pocos pasos de ellos, les hizo turbarse y volver el rostro; era la charla balbuciente y monótona de la infeliz mendiga, que extendía su sucia y descarnada mano, implorando una limosna.

Y les miraba con sus ojos tristes. ¡Qué hermosos eran! parecían decir, ¡qué felices! y ella fea y sin que nadie la amase; ¡qué desdicha!

El compasivo joven se volvió hacia ella; una triste sonrisa entreabrió sus labios al ver su feo rostro, y buscó en los bolsillos del chaleco alguna moneda con que poder aliviar aquella miseria.

Pero ¡ah! que la hermosa joven que le acompañaba, también había visto á la infeliz mendiga, penetrando con una sola mirada en su alma y comprendiendo por último en la tristeza que revelaba el semblante de la desgraciada que tendía la mano implorando una limosna, no atreviéndose á ofrecer su corazón al primér transeunte, por el temor de ser rechazada.

Con voz dulce y melodiosa dijo á su amigo:

—No, querido mío, no es dinero

lo que debes ofrecer á esta pobre muchacha. Queriéndote como te quiero, con toda mi alma, nada me sería tan insoportable como la idea de verte conceder á otras una caricia, porque todas las tuyas me pertenecen en absoluto.

Cometería las más atroces locuras, si supiese que tus labios que con tanta pasión me besan, se habían acercado á otra boca que no fuese la de tu amada; pero hay casos en que el deber impone silencio al egoísmo tan natural al amor, es necesario saberse sacrificar á tiempo; seré fuerte, por caridad. A esta muchacha á quien ves con toda la horrible angustia que siente en el alma, retratada en sus ojos, yo te ruego amor mío le haga la limosna de un beso.

—¡Qué capricho más raro!— exclamó el joven sorprendido.

¡Oh crueldad! si la mendiga hubiera sido menos fea, quizá él no demostrara tanta repugnancia á obedecer el mandato de su querida.

—Sí, sobre los labios—añadió ella—un prolongado beso sobre los labios.

El aventuró algunas observaciones, pero con un gesto que no admitía réplicas, le exigió una sumisión completa é inmediata; entonces resignado, se inclinó sobre la arapienta mujer, depositando un beso en aquellos labios pálidos que quizá sonreían por primera vez.

Después ambos amantes desaparecieron en la frondosidad del bosque.

La que había recibido la limosna,

permaneció inmóvil sobre el polvo del camino, más sorprendida, que si en una noche de estío hubiera el firmamento dejado caer una estrella en su descarnada mano.

¡Oh! hermosa mujer, que un rasgo de caridad sublime, habéis hecho á estos labios la limosna de un beso, bendita seáis mil veces por vuestra misericordia; que todas las alegrías os sean dadas en recompensa de las alegrías que distéis; que él os ame siempre, que no os engañe; que vuestras sonrisas sean envidiadas por todas las sonrisas de las rosas de julio; que el espejo en el cual os miréis os muestre siempre, en pago de tan adorable acción, una belleza no comparable á ninguna, y puesto que hicisteis la limosna de un beso, que todos

los que depositen en vuestra preciosa boca, resulten tan dulces como las miradas de vuestros ojos.

Pero... ¿Quién sabe si creyendo ser buena, no fuisteis cruel?

¿Quién sabe si vuestro presente, no ha quedado devorando el corazón de la mendiga?

La desesperación de saber que sobre sus labios no se posarían otros, podría ella soportarla antes de conocer la embriaguez de un beso; pero ahora, cree que el paraíso es posible sobre la tierra. ¡Aunque no para ella!

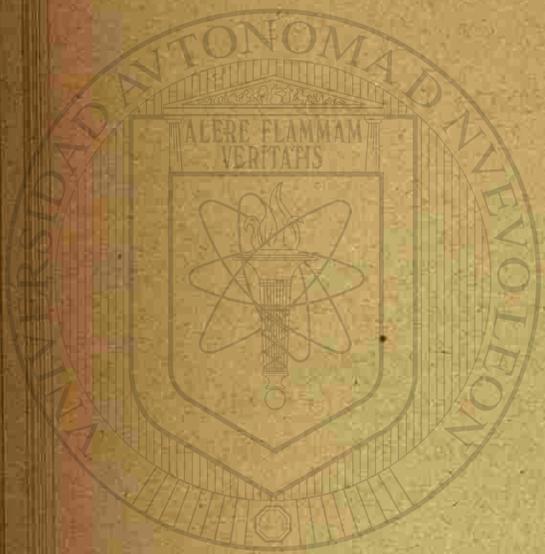
¡Tal vez continúa asistiendo todos los domingos al bosque de Meudon, esperando encontrar á la feliz pareja, pero no la encuentra; triste, desolada, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, extiende la mano

á los escasos paseantes; y quizá algún día, los impulsos de aquel desesperado recuerdo, la llevarán hacia el río que corre á nuestros pies, arrojándose luego al agua clara y tranquila, aspirando por última vez con los labios del alma, la memoria de la fatal limosna. . . . .

Pero ¡ah! que en la otra vida tienen todos los dolores, las angustias y los infortunios, una lógica y equitativa compensación, la muerte; la muerte es compasiva con los suicidas! Tan fea como era en vida, no lo será muerta.

Más pálida, más blanca, velados los ojos por los párpados cerrados; y entonces sin amargura, puesto que la justicia de las bodas celestes reser-

va para las más horribles, los más hermosos ángeles, el recuerdo del solo momento feliz de su vida, hará entreabrir sus labios con una sonrisa de suprema esperanza.



## LA MOSCA DE ORO

~~~~~

XXX

¡Qué profanación! ¡Qué espanto!  
¡Qué pecado tan monstruoso!

Las monjas del convento donde  
Mazet de Lamparechio había sido  
jardinero, estaban verdaderamente  
aterradas.

Un día se esparció el rumor por  
aquellos solitarios cláustros de que un  
hombre se ocultaba bajo el hábito de  
una de las religiosas.

Pensad el espanto que esta noticia  
produjo á las buenas madres.

No se hablaba de otra cosa en el refectorio, en la capilla, en las avenidas del jardín.

Eran todos rubores y sobresaltos; la planta se posaba temerosa en el suelo; no se andaba sino con vivos deseos de retroceder como en un bosque en el cual se sabe que existe una fiera.

¡Un hombre; esto era espantoso!

Las más íntimas amigas se miraban con aire sospechoso, desconfiando las unas de las otras.

La hermana tornera, que se encontraba más atormentada que nadie, era una pequeña novicia que apenas contaba trece años, y se la conocía en el convento con el nombre de sor Ninette.

Los ojos encarnados de tanto ver-

ter llanto, golpeándose el pecho como si le remordiese la conciencia algún oculto pecado; no estaba tranquila en sitio alguno y exhalaba profundos suspiros.

Si alguna vez sus compañeras le preguntaban—¿qué tenéis hermana Ninette?—ella huía precipitadamente sin responder palabra, como si callase algún espantoso secreto.

Por último, un día, después de haber estado encerrada toda la mañana en su celda, se fué á ver á la superiora y le dijo, con la cabeza baja, temblorosa y las mejillas como la grana:

—¿Sabéis madre que se oculta un hombre en el convento?

—Sé, lo que todas dicen, pero no lo creo hija mía.

—¡Ah madre! no tenéis razón para

dejar de creerlo. Es muy cierto que una de nosotras no es lo que parece.

—¿Eh? habéis adquirido la prueba.

—Sí, madre mía —dijo Ninette ocultando el rostro entre las manos.

La abadesa, se la quedó mirando fijamente: sor Ninetta era la doncella más joven de la casa, entró en el convento muy pequeña, apenas tenía la edad suficiente en que las niñas se convierten de pronto en mujeres y jamás había visto otros hombres que los barbudos evangelistas y el San José que adornaban los vidrios de la capilla.

¿Cómo podía suponerse que una joven tan inocente hubiera descubier-  
to lo que había escapado de las más perspicaces miradas?

—Vamos Ninette expliáos. ¿Cuál

es entre vosotras el varón? Será por ventura...

—Soy yo madre—exclamó la novicia anegada en lágrimas.

A los labios de la superiora asomó una sonrisa de burla.

—¿Es verdad? ¿sóis vos?—dijo.

—Yo misma.

—¿Y cómo os habéis apercibido de ello, hija mía?

—¡Ah! yo no me atreveré nunca á decirlo en voz alta.

—Pues venid sor Ninette, decídmelo bajo.

Entonces la novicia se aproximó, hablándola al oído mucho tiempo, mucho, y la dijo tales cosas que la abadesa no pudo más y soltando una estrepitosa carcajada, la contestó dándole una palmadita en la mejilla:

—Marchaos, marchaos tranquila monina mía y creed que esa mosquita roja de que me habéis hablado no es, ni ha sido nunca atributo masculino.

## JUSTICIA DEL AMOR

XXXI

Aquella noche dos mujeres lloraban al mismo tiempo y por idéntica causa.

Alejadas completamente, desconocidas, viviendo la una en la peor bohardilla del barrio de Santa Margarita, y la otra en el más lindo y elegante hotel de la avenida del bosque.

En nada se parecían; la primera extraordinariamente pobre, y la segunda fabulosamente rica, poseyendo además ésta toda la belleza de las

—Marchaos, marchaos tranquila monina mía y creed que esa mosquita roja de que me habéis hablado no es, ni ha sido nunca atributo masculino.

## JUSTICIA DEL AMOR

XXXI

Aquella noche dos mujeres lloraban al mismo tiempo y por idéntica causa.

Alejadas completamente, desconocidas, viviendo la una en la peor bohardilla del barrio de Santa Margarita, y la otra en el más lindo y elegante hotel de la avenida del bosque.

En nada se parecían; la primera extraordinariamente pobre, y la segunda fabulosamente rica, poseyendo además ésta toda la belleza de las

flores que abren sus pétalos en elegantes jarrones del Japón, y aquella la horrible fealdad de un ramo marchito y arrojado á la calle en la espuerta de la basura.

Había además entre ellas otra diferencia, y era, que Margarita, mendigaba por los *boulevares*, desde anochecido, para poder tener con que pagar á su amante — un rufián desalmado — vasos de cerveza, mientras que la baronesa Elena, iba voluntariamente casi todos los días con dos ó tres gomosos á llevar limosnas á los pobres necesitados.

La irónica Providencia se complace en estas desigualdes; por una parte todo el esplendor posible, la hermosura, las sonrisas, el orgullo de agradar á todos, por otra la fealdad,

la miseria, la horrible desesperación de implorar, traducida en gestos de cólera impotente.

Pero aquella noche, Margarita y Elena, tan distantes la una de la otra, lloraban al mismo tiempo.

Margarita derramaba abundantes lágrimas porque el ladrón ó asesino á quien ella amaba con locura, no venía, á pesar de ser las tres de la madrugada, al frío y al triste chiribitil donde la joven, sentada sobre un jergón tísico, le aguardaba impaciente.

¡Oh! sin duda se había entretenido con alguna mujerzuela más fresca ó mejor vestida que ella, en un hotel bien decorado con cortinas en las ventanas y donde cuesta seis reales la hora.

Elena lloraba, porque el elegante

y delicado caballero á quien desde hacía tres meses amaba, no usaba aquella noche el permiso que le había concedido de penetrar en su alcoba, entrando en el hotel por la puerta del jardín.

Estaba sin duda el ingrato en el *boudoir* de alguna *cocotte* bebiendo champagne en riquísimas copas de cristal de Bohemia, que semejaran un lirio recién abierto á las caricias del rocío de la mañana, ó bien estaría locamente enamorado—porque los hombres son unos imbéciles—de aquella bailarina de las *Folies-Bergere*, que con las mallas demasiado estrechas para el volumen de sus formas y la ligera falda de gasa hueca, como inflamada por el ambiente luminoso del escenario, le había dirigido

dos ó tres miradas apasionadas. ¡Ah! infame.

Sea como quiera, el elegante joven no pareció, y Elena, deseosa de ardientes caricias, pasó toda la noche sollozando, con sus negros cabellos esparcidos sobre los blancos encajes de su camisa.

Pero ¡ah! que no ocurría lo mismo en el sucio y desabrigado chiribitil; el ladrón, el desalmado, llegó por último, con el sombrero en la coronilla, sucio, apestando á borracho, horrible en una palabra, y cogiendo con sus largos brazos de orangután á la joven la besó en la boca, mientras ella, que pocos momentos antes derramaba lágrimas, reía ahora, feliz, contenta y satisfecha, por tener junto á sí á su amante.

Porque el amor, el justo amor, hace feliz á la desgraciada mendiga, mientras que sume en la más negra desesperación á la opulenta señora.

## EL ANGEL DE LA GUARDA

XXXII

La marquesa Lise de Belvelise, se encontraba indecisa, y no sabía por que resolverse.

Había prometido el día anterior á una pobre familia, llevarle el consuelo de la limosna, y á Mr. de Marciac ir á almorzar con él á la misma hora, al bonito entresuelo que el galante caballero había alquilado, solamente para estas citas misteriosas, en una casa de buen aspecto de la calle de *Aboukir*, encima de un almacén de

juguetes, y ella deseaba mejor asistir á la habitación adonde se respiraría el delicado perfume del ylang ylang, que al tabuco miserable donde sólo existen olores á tisana y medicinas.

¿Cómo saldría del apuro?

Hubiera podido fijar horas distintas, tanto á Mr. de Marciac como á la pobre familia, pero no se le ocurrió, y precisamente tenía que resolverse ahora entre la visita amorosa y la visita caritativa. ¡Horrible alternativa!

Salió á pie por no dar las señas al cochero y envuelta en su abrigo de piel de nutria, el velillo caído sobre el rostro y cubriéndose la boca con el manguito, marchaba temblorosa, sin dirección fija y atormentada por la duda.

Es verdaderamente muy hermoso

hacer obras de caridad, las sonrisas de agradecimiento de los socorridos, es la más dulce recompensa á las molestias de las largas escaleras subidas en los domicilios de obreros.

Pero también es muy agradable sentirse abrazada en el dintel de la puerta por un amante lleno de entusiasmo, y luego, á los postres, cuando la segunda botella del espumoso champagne, está vacía sobre la mesa, colocada entre la chimenea y la cama, sentirse los pies desnudos, acariciados por el grato calor de la llama, y en las espaldas al aire, apoyadas en el edredón, los voluptuosos besos de unos labios queridos donde la humedad y el placer se mezclan con los vapores del vino.

¡Y qué encantador es Mr. de Mar-

ciac! Jamás hombre alguno se mostró tan cariñoso con una mujer.

¡Tenía una manera de mirar á su amiga, de acariciarla, soplándola débilmente los parpados medio cerrados, el cuello, los rizos de la frente, abrazándola con locura, haciéndole sentir dulcísimos desvanecimientos de placer suficientes para provocar una adorable turbación en la más virtuosa doncella!

Luego volviendo bruscamente el orden de sus pensamientos.—No, no iré—se decía, puesto que he jurado ir á casa de esa familia á socorrer su desgracia, sabré hacer la dicha de los demás sacrificando la mía si es preciso.

¡Era sublime su abnegación!

Subió á un coche de punto, dió al

cochero las señas de la casa de la familia indigente, y algunos momentos después entraba en la habitación con cara risueña, demostrando esa serenidad que sólo da la satisfacción del deber cumplido.

¡Qué contento se puso el ángel guardián de Madame de Belvelise!

No soltéis la carcajada espíritus incrédulos y excépticos, existen ángeles guardianes en los tiempos presentes, que velan por las jóvenes, abriendo sobre ellas sus alas protectoras. Y no están solamente entre los pliegues de las cortinas de los conventos y sobre las camas de las colegialas, si no que también acompañan á las señoras del gran mundo, sin abandonarlas un momento. Las siguen por la mañana al bos-

que, á casa de las modistas, á los teatros y cafés, y hasta á los bailes, siempre junto á la persona á quien desean proteger.

Por las noches, esclavos del deseo de la mujer, no suben al lecho, si no que permanecen junto á la cabecera velando el sueño, y cuando advierten allá en los misterios de la alcoba la compañía de algún amigo, los ángeles encuentran á los pies de la cama un pliegue de muselina donde esconderse prudentemente.

Entró Madame de Belvelise en la miserable bohardilla, y detrás su ángel de la guarda; contento, feliz satisfecho, prometiéndose recomendarla eficazmente á la Providencia, dispensadora de las recompensas merecidas.

La hermosa señora, se mostró

buena y caritativa como nadie; colocó sin decir palabra gran cantidad de monedas de oro, en el rincón más oculto del cuarto, y preguntó si había vino de Burdeos para la abuela, y tisana para la niña que estaba acatarrada, prometiéndoles la visita de un buen médico.

Hizo más, cogió una silla rota y desvencijada, y como si estuviera en su propia casa, se sentó entre la familia admirada, repartiendo caricias y bombones á los chicos; después escuchó con vivo interés el relato de la enfermedad de la anciana, inclinándose con los ojos preñados de lágrimas sobre la cuna de un niño desnudo y aterido de frío como un pajarillo sin plumas.

Ya no pensaba en Mr. de Marciac.

¡Ah! cuántos motivos tenía el ángel de la guarda para estar satisfecho.

Preguntó al tierno niño que es lo que deseaba, para traérselo en el acto.

—Yo querría—respondió la criaturita—un polichinela vestido de raso y oro.

Exigía poco el angelito, ella le enviaría todos cuantos quisiera.

Y no creáis que á la hora de haber salido de la bohardilla olvidaba su promesa, no; Lise, dió orden al cochero de parar delante de cualquier almacén de juguetes.

La alegría de hacer un bien y la esperanza de continuar haciéndolo, le llenaban el corazón de contento.

Estaba tan pura y tan sublime en aquellos momentos, que ya no recordaba que existía en el mundo un jo-

ven de hermosa figura llamado Mr. de Marciac.

Mientras el coche rodaba, formó los más sanos y honrados proyectos. —¿No tengo un marido?—se decía—pues bien, le amaré ó procuraré amarle.

Renunciaré al mundo consagrándome por entero á las obras de caridad.

¡Qué hermosa y noble vida!

¿Qué dicha es comparable á la de ser bendecida por las viudas y los huérfanos?

El carruaje se detuvo delante de un almacén de juguetes.

Entró la marquesa en la tienda y compró cuatro polichinelas, pastores, borreguitos y una cocina con cien cerolas, y después de entregar el im-

porte, mandó llevarlo todo al pobre niño de la bohardilla.

Al salir, se volvió instintivamente para mirar la fachada, enrojeciendo al reconocer aquella casa adonde Mr. de Marciac había alquilado un cuarto para recibir las visitas de la hermosa Lise de Belvelise.

¡Qué rara coincidencia!

Pero ¡ah! que no fué la casualidad sino la Providencia, dispensadora de las recompensas merecidas, la que había conducido hasta allí al cochero.

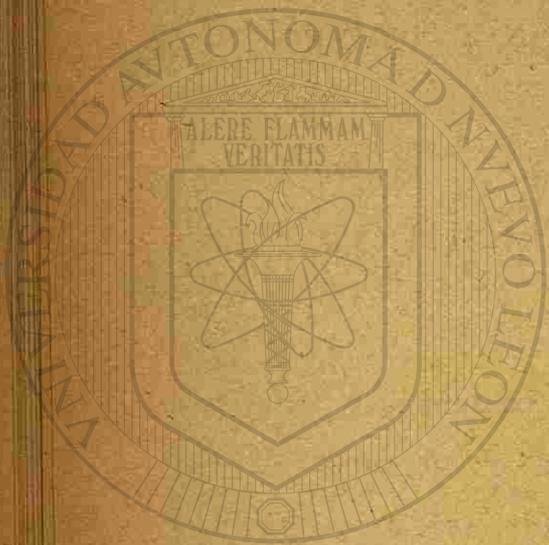
Lise, no pudo contenerse, la curiosidad de saber si su amante la aguardaba aún, la hizo subir rápidamente las escaleras.

¡Oh! sí, la aguardaba, abrazándola en el mismo dintel de la puerta. ¡Qué

exquisita fué la dulzura de esta primera caricia!

Después... oculto el ángel de la guarda en un pliegue de la blanca muselina de la cama, no recriminó— aunque se encontraba un poco escandalizado— á la bella marquesa por su largo y múltiple pecado, comprendiendo que tenía bien merecidas las caricias de que gozaba.





JOAQUIN E. ROMERO

ARTÍCULOS

¡COBARDE!

JURAMENTOS DE AMOR.

DESILUSIÓN.

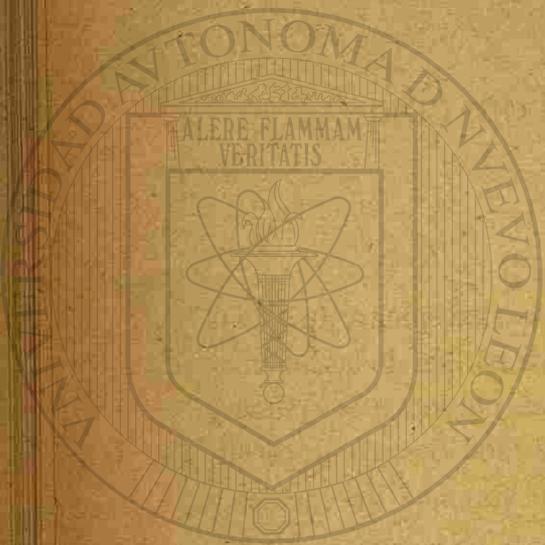
EL ÉXITO.

LA TARJETA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





¡COBARDE!

~~~~~

I

Las cabezas suavemente apoyadas sobre la blanca batista de las almohadas, las ropas del lecho revueltas y amontonadas á los pies, como turbulentas olas de un mar de encajes y de sedas, la luz tibia, opaca, filtrándose débilmente á través de los espesos cortinajes de las entreabiertas ventanas, envolviendo aquel nido de amores en una semi-oscuridad llena de misteriosos encantos.

Tenían las manos enlazadas, y sus

miradas erraban distraídas por las doradas molduras del lecho; ella, con los labios húmedos, los ojos brillantes, el rostro encendido con tintes violáceos denunciando un estado congestivo, y los cabellos en desorden, cayendo en menudos ricitos sobre su frente; la finísima camisa de raso mal cerrada, dejaba al descubierto un pecho terso, mórbido, alabastrino, con toda la blancura y transparencia del mármol y la exuberante vida de una naturaleza joven y robusta.

Los infinitos ruidos del exterior penetraban en la caldeada alcoba, como un rumor vago y confuso, semejante al que producen las olas en la lejana playa al chocar contra los duros peñascos de la costa.

Así hubiesen pasado muchas horas

insensibles y mudos, entregados al dulce y voluptuoso alhago de la pereza si el elegante reloj que decoraba la chimenea del gabinete inmediato, no les hubiera advertido con su fatal é implacable laconismo que acababan de dar las ocho de la mañana.

Aun no se habían perdido en el espacio las últimas vibraciones del sonido, cuando él, variando de postura, dijo con tono entre severo y risueño.

— ¡Ah! Luisa las ocho ya, unas cuantas horas de placer pasadas con la misma velocidad que unos cuantos momentos; con qué rapidez transcurre el tiempo si la felicidad nos sonríe. Dentro de un momento tendremos que separarnos, el tren llega á las nueve y tienes que regresar á tu casa para esa hora.

Ella saltó violentamente en el lecho al escuchar estas palabras de su amante.

—¿Qué has dicho?—respondió indignada. —¿Separarnos? nunca; yo me he decidido á faltar á mis deberes, porque te amo, porque tú constituyes parte de mi vida. Por tí, ingrato—prosiguió con tono de infinita amargura—he inventado la horrenda fábula de la enfermedad de mi hijo, haciendo cómplice de nuestro delito á aquel pobre inocente; y tú, lejos de agradecerme este sacrificio, me arrojas ahora de tu lado como á una mujer á quien se paga... Pero, no; no me iré, ¿crees por ventura que temo á las iras de mi esposo? al contrario, las provocaré si es preciso, para que nos encuentre jun-

tos y nos mate; ¡qué mayor dicha que morir á tu lado!

Hablaba con todo el fuego de una pasión vehemente, arrolladora, tanto, que Armando se estremeció al escucharla, él no era partidario de las mujeres románticas, porque suelen ser peligrosas, y ante la idea de que pudiera realizarse la amenaza de Luisa, sus espantados ojos, buscaban de antemano sitio seguro donde poder ocultarse.

Debió ella de leer en el rostro de su amante todos estos pensamientos de terror, porque lanzándole una mirada llena de humillante desprecio. le dijo con singular acéto:

—¡Cobarde!

Luego, arrojándose de la cama se sentó á los pies en una butaca, y

ocultando el rostro entre las ropas, comenzó á sollozar amargamente.

Cuando se hubo calmado un poco, volviendo hacia él los enrojecidos ojos:

—No temas—le dijo resignada—yo sola pagaré los consecuencias de mi falta; sigue tú gozando el amor de otras mujeres y cuando yo no exista dedica siquiera un recuerdo á la que supo sacrificar su vida por salvar la tuya.

Ya lo ves—prosiguió—estoy tranquila y no te recrimino, aunque pudiera echarte en cara tu cruel egoísmo, llamándote cobarde y miserable; pero, ¿para qué? te falta corazón y no me comprenderías.

Quedaron en silencio contemplándose, élla aguardando una frase cari-

ñosa, una protesta, cualquier cosa menos la glacial indiferencia; él, trémulo, aturdido, desconcertado ante la actitud de su amante.

De repente se escucharon en la escalera unos pasos precipitados y á poco sonó la campanilla agitada por una mano nerviosa.

—¡Ah!—gritó Luisa fijando una indescrípible mirada en Armando—ese que llama es mi esposo á quien he escrito confesándole la verdad, y viene á matarnos; á mí, por adúltera; á tí, por cobarde.

—¿Desdichada que has hecho?—dijo él sujetándola brutalmente por un brazo—no abras, aguarda siquiera que encontremos un medio de salvarnos.

Lucharon breve rato; por fin pudo

soltarse y corriendo á la puerta de la habitación, la abrió de par en par. Mientras Armando se ocultaba precipitadamente debajo de la cama, una voz de hombre decía en el gabinete inmediato:

—Dispensad, señorita, sin duda me he equivocado de cuarto.

.....  
 Cuando Luisa volvió á la alcoba, Armando quiso decir algo pero no pudo, entonces ella, arrojándole la ropa que estaba en una silla junto al lecho, le dijo con acento en el cual se revelaba claramente el desprecio.

—Vestíos aprisa y salid inmediatamente, el caballero que acaba de equivocarse de cuarto al subir, pudiera equivocarse también al bajar y deseo estar sola...

## JURAMENTOS DE AMOR

### II

—¡Adiós!—se habían dicho al despedirse, élla con voz débil, casi imperceptible, como un suspiro arrancado del fondo de las entrañas; él trémulo, agitado, con los ojos llorosos y el cuerpo sacudido por convulsiones nerviosas.

Después... un silencio triste, interrumpido solamente por sollozos entrecortados, rumor de besos que el aire lleva, y á lo lejos se perciben; las gargantas secas, se niegan á articular

sonidos, y la luna que hasta aquel momento ha iluminado el cuadro, se oculta tristemente detrás de una nube; la noche, al quedar tan oscura, parece que también toma parte en este concierto de tristísimos sentimientos.

Por fin el amante se separa de la reja, los hierros y las plantas que la adornan están todavía mojados de lágrimas; unos pasos acelerados cruzan la calle y al propio tiempo, se escucha el ruido de una ventana que se cierra; el eco repite como un lamento triste aquel ruido.

\* \* \*

¡Pobres amantes! La suerte les ha separado para siempre quizá, y al despedirse, al juntar sus labios para

unir sus almas, de ellas ha brotado simultáneamente un juramento.

Dos ruseñores que tienen el nido en la copa del almendro, cuyas hojas sirven de dosel á la ventana, cantan su amor en armoniosos trinos; ellos son felices, sólo la muerte puede separarlos.

Sin embargo, aquel juramento estará siempre grabado en el corazón de los amantes.

—¡Antes moriremos que dejar de amarnos!—se habían dicho, y estaban resueltos á perder la existencia primero que hacerse traición el uno al otro.

\* \* \*

Pasó un año; ¡qué cartas tan largas y tan cariñosas se escribieron en

este tiempo! todas ellas rebosaban amor inmenso, ternura infinita; él la daba siempre cuenta de todos sus proyectos, de la más insignificante de sus acciones, y al terminar le enviaba muchos besos, tantos... que á ser posible que todos ellos sonasen á la vez, bastaría su ruido para ensordecera á la humanidad.

Ella, lloraba sin consuelo al escribirle, en casi todas las palabras se notaban huellas de lágrimas, sus cartas también eran muy largas y muy expresivas, capaces de enternecer el corazón más insensible.

\* \* \*

Los grandes esqueletos de los árboles comenzaron á vestirse su verde ropaje, las flores abrieron sus cálices

perfumando el ambiente, la golondrina tornó de nuevo al nido abandonado durante el invierno, se secaron los arroyuelos y las primeras brisas del verano acariciaron dulcemente el rostro de la enamorada doncella.

Allá á lo lejos, al final de la carretera que conduce al pueblo, apareció un punto negro rodeado de una especie de niebla gris y espesa, poco á poco se fué percibiendo más distintamente el alegre sonido de los cascabeles, y la diligencia, cubierta de polvo, apareció á un recodo del camino, arrastrada por el galope de los poderosos tiros.

Las vacaciones habían vuelto á reunirlos.

Tres meses gozaron de las delicias de su amor; al cabo de ellos se sepa-

raron de nuevo y la escena de la reja volvió á repetirse.

\*\*\*

El estudiante ha terminado brillantemente la carrera, ya es médico y viene á ejercer su honrosa profesión al pueblo que le vió nacer; todos salen al camino á esperarle, todos quieren ser los primeros en felicitarle por su brillante éxito.

Llega al fin; pero no viene solo, una señora joven y elegante le acompaña; cogidos del brazo y conversando alegremente, se dirigen hacia el lugar.

La que acompaña al joven es su esposa; ¡ingrato! se ha casado en la Corte olvidando á la inocente lugareña á quien antes quiso.

¿Y ella? ¡Oh! ella... se había casado un año antes con el mozo más rico de la comarca.

Cuando por casualidad se encontraban en un lindero ó al volver un camino, se saludaban sonriendo sin recordar siquiera el tiempo pasado.

Aquel juramento que con toda la fe de sus almas se hicieron al separarse por primera vez, voló en alas del aire al salir de los labios, y fué á parar á aquel nido de ruiseñores que cantaban su amor en la copa del almendro.

Ellos se lo apropiaron y lo cumplieron; todavía se aman, todavía cantan todas las noches en el mismo sitio, como para dar una lección á aquel par de inconstantes y olvidadizos.



## DESILUSIÓN

III

Yo la he visto ligera y vaporosa como una sílfide, dejando tras de sí un rastro de perfumes embriagadores, cruzar por delante de mí una tarde cuando ya se iban extinguiendo en el horizonte los últimos resplandores del crepúsculo.

Las calles estaban casi cubiertas de lodo, y ella, con esa coquetería patrimonial de toda mujer bonita, se alzaba la falda para no mancharse los bajos, descubriendo un pie precioso,

menudito como una almendra, tan breve y tan perfectamente contorneado que como dijo Campoamor

...bien pudiera  
ocultarse en el cáliz de una rosa.

Las aceras cuajadas totalmente de transeuntes, ofrecían muy estrecho campo al paso ligero de mi desconocida, tanto que muchas veces, por esquivar encuentros bajábase al arroyo, á trueque de ser atropellada por los innumerables carruajes que se cruzaban en todas direcciones.

Yo, la seguía siempre y de una manera casi instintiva, parecía que su cuerpo estaba dotado de una irresistible fuerza de atracción, y apriisionando al mío le hacía impotente para sustraerse á tan extraño influjo.

¡Con qué gracia tan exquisita, con qué pudor tan sublime evitaba las flores que la dirigían, sin parecer apercibirse de ellas!

—He aquí—me dije yo contemplando tan precioso conjunto,—una mujer completa; bella como un ángel, modesta y recatada como una virgen, y graciosa como una andaluza; cuanto idealismo y cuanto sensualismo existen á la vez en extraño amalgamiento, en ese cuerpecito; yo creí que todo, todo, hasta la belleza, tenía sus límites, y sin embargo, la suya no los tiene, es hermosa como la más hermosa concepción de un artista, pudorosa como el sueño de una santa.

Y seguía siempre con su paso ligero y menudito; por un momento me

figuré no sé por qué, que iba á la iglesia, pero llegamos, uno en pos del otro, al templo de San Luis y pasó de largo, de repente la ví resbalar sobre las duras piedras de la acera y su cuerpo vaciló, hubiera venido á tierra sin la intervención de un guardia del Ayuntamiento que la sujetó por el brazo.

De un salto salvé la distancia que nos separaba y me coloqué á su lado, inútilmente, ya no necesitaba de mi auxilio.

Con una ligera inclinación de cabeza dió las gracias al que la había evitado la caída y prosiguió su camino, interrumpido un momento por el desagradable accidente.

Yo sentí algo así como una ráfaga de envidia hacia aquel hombre que

con sus groseras manos había profanado un cuerpo tan delicado.

La puerta del Sol es una inmensa Babilonia á las últimas horas de la tarde; obreros que han dado de mano á su trabajo, mujeres de vida alegre que acuden á aquel gran bazar, con objeto de encontrar un buen comprador á su mercancía, honrados burgueses que regresan á sus hogares después de haber dado un largo paseo; vendedores de periódicos que ensordecen con sus desaforados gritos; tranvías que circulan, coches que ruedan, allí se escuchan todos los ruidos en estridente é infernal concierto.

Ella, cruzó por entre aquel hervidero humano sin fijar la vista en nada ni en nadie, molestaron sus oídos al-

gunas frases obscenas de los abonados á las puertas del café Imperial, y se internó en la Carrera de San Jerónimo, deteniéndose un momento junto al escaparate de la Corona de Oro para contemplar un precioso bordado que acababa de ponerse á la venta.

Y llegamos por último á una callejuela sombría cuyo nombre no hace al caso, y, allí, después de vacilar breves instantes, se metió en un portal de regular apariencia, lanzándome al entrar una expresiva mirada.

Al pasar yo por delante del mismo portal, una vocecita dulce y melodiosa, me dijo desde el interior:—  
¡Oye!

Me acerqué temblando, lo confieso, no por timidez si no porque presentía que iban á caer por tierra to-

das las ilusiones que de esta mujer me había forjado, y al acercarme, ¡oh desencanto! escuché de aquellos labios que yo había idealizado, de aquellos labios que á mi entender sólo podían entreabrirse para rezar ó decir cosas muy bellas, estas horribles palabras:

—¿Quieres subir...?

Me quedé como galvanizado y me alejé maldiciendo mi estúpido idealismo.



## ¡EL EXITO!

### IV

Que era mal cómico el pobre Gutiérrez nadie podía negarlo, y así lo demuestran las innumerables gritas que recibió en todas las poblaciones que había visitado; y alguna que otra *expresiva* caricia de que fué objeto por parte del público durante su larga y desdichada carrera artística.

Razón tenía el bueno del autor en desconfiar del éxito de su obra, y por esto mismo se le veía pensativo é inquieto, recorrer todas las depen-

dencias del teatro, entregado á graves y dolorosas meditaciones.

La salvación del drama estaba en aquella hermosa y valiente escena del acto segundo entre la esposa adúltera y el marido ultrajado, que sintiendo desbordarse todo el encono y la amargura que encerraba su pecho, le lanzaba al rostro estos dos versos:

¡Infame, me has engañado,  
mis propios ojos lo han visto!

¡Oh! estas frases, estas frases había que decirlas con fuego, con el fuego de la indignación, rugirlas más bien que hablarlas, darles expresión, verdad, demostrar en ellas furor y tristeza á un tiempo mismo; pero Gutiérrez—el mal cómico como le llamaban sus compañeros—era incapaz de expresar todo lo que el autor se

propuso al consignar en la obra estos dos versos.

El invocaba con todo su corazón los espíritus de aquellos grandes actores, cuyos nombres se citan hoy con veneración y respeto, Máiquez, Talma, Romea, Latorre, venid en ayuda de este infortunado actor, prestadle un soplo de vuestra preciosa inspiración á este Gutiérrez de mis pecados, y haced que su voz llegue hasta el público que siempre premia los esfuerzos del que logra conmoverle.

Y devorando sus pesares fué á ocultar su angustia al rincón más oscuro del saloncillo, espacio reducido, formado por tablas mal unidas, que era la antesala al escenario y servía de desahogo al cuarto de los actores.

\*\*\*

14  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MARTÍNEZ"  
CALLE 1425 MONTERREY, MEXICO

Venían á refugiarse toda las noches al saloncillo, las actrices de más baja estofa de la compañía y alguno que otro almibarado jovenzuelo sediento de teatrales aventuras.

En los entreactos, tomaban posesión del grasiento diván forrado de bayeta encarnada—emblema del pudor—que decoraba aquella pieza común, y allí ellas con sus respectivos adoradores al lado, dejando entre sus cuerpos la menor distancia posible, se entregaban á dulcísimas y sabrosas pláticas, interrumpidas casi siempre por la voz del segundo apunte que las llamaba á escena.

Las había para todos los gustos, y algunas de ellas á *cata* como los melones, rubias, morenas, feas, bonitas, ésta abultada de formas, con gran

riqueza de curvas *anteriores y posteriores*, aquella seca, lácia, flacucha, llevando impresos en su marchito rostro todos los sinsabores de una vida amargada prematuramente por los fríos horrores de la miseria, y sustituyendo la escasa prodigalidad de la naturaleza con rellenos y postizos que prestaban—aunque de una manera ficticia—un poco de abultamiento á aquel cuerpo que se hubiera desplojado á buen seguro, solamente con el aire que hubiese entrado por cualquier rendija de su cuarto.

Una tuerta presumida y otra coja, completaban el cuadro de beldades teatrales que allí se exhibían á diario, y caso raro, muchas de ellas, aun siendo solteras, iban acompañadas de un pequeño muñequito de carne

y hueso que, con todo ese descaro de la inocencia, las llamaban «mamá» con sus vocecitas atipladas.

Por el saloncillo desfilaban todas las noches multitud de poetas, novelistas, músicos, dibujantes, periodistas, la flor y nata de la gente de lápiz y pluma, deteniéndose un momento delante de aquellas reinas de guardarropía, para combinar la cita del día siguiente ó simplemente para invitarles á una cena, invitación que, dicho sea de paso, era aceptada casi siempre.

Este era el sitio adonde el pobre Muñoz autor del drama que iba á representarse aquella misma noche, se había refugiado; por delante de él pasaban en confuso y abigarrado torbellino de formas y colores, todos los

cómicos que tomaban parte en la representación; el protagonista de la obra, vestido con un pantalón azul subido hasta las rodillas, alpargatas murcianas de negras cintas que se enroscaban á sus delgadas piernas, faja encarnada, la camisa abierta dejando ver la blanca camiseta de punto de media, á la cabeza una boina navarra y al hombro unas cuantas redes que bien podían pasar por simple manojo de cuerdas, se acercó al pobre Muñoz que estaba sumido en un éxtasis doloroso y poniéndole familiarmente la mano sobre el hombro, le dijo con voz cavernosa y destemplada.

—Vamos, hombre, ánimo, que el momento ha llegado.

Sacudió el autor su enorme cabeza

cubierta de espesas y enmarañadas melenas, afirmó con sus huesudos dedos los lentes que cabalgaban en aquella nariz abundante y afilada, irguió su largo cuerpo que por lo seco y desgarbado parecía un esqueleto cubierto de andrajos, y dijo con tono suplicante y lastimero:

—Por Dios, Gutiérrez, esmérate lo que puedas.

Hizo el gran actor un expresivo movimiento de hombros, salvó la corta distancia que mediaba desde el saloncillo al escenario, y desapareció por la segunda caja de bastidores, dispuesto á dar comienzo á la gran batalla.

Clavado quedó Muñoz en aquel diván rojo, mirando á la escena con ojos de idiota; el telón se había le-

vantado y los actores declamaban sus papeles, sin que el público demostrase aprobación ó desagrado.

El primer acto pasó en el más absoluto silencio; un poquito de más entusiasmo en los cómicos y el hielo estaba roto; un arranque, algo que llegara á las butacas, porque la obra no era del todo mala.

Llegó por fin aquella magnífica escena del acto segundo; Muñoz, que estaba colocado en la primera caja de bastidores, tenía la existencia pendiente de los labios de Gutiérrez; éste, con trágico ademán, se disponía á lanzar á la faz de la esposa adúltera las estrofas que eran la salvación del drama.

Cuando iba á atacar la primera sílaba miró al rojo diván que se desta-

caba en el fondo del saloncillo y su semblante sufrió una completa transformación; con vigor, con valentía, hasta con convencimiento dijo los versos, tanto, que el público hasta entonces impasible, prorrumpió en atronadores bravos y frenéticos aplausos.

Muñoz que estaba loco de asombro, había seguido la dirección de las miradas de Gutiérrez y ¡santos cielos! vió á la esposa de éste abrazándose con el segundo galán joven que hacía un *embolado* en el acto primero.

Radiante, entusiasmado, dichoso, corrió al saloncillo y estrechando con efusión las manos de la adúltera de veras, le dijo con los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Gracias, señora, habéis salvado mi obra!

## LA TARJETA

### V

Estaba satisfecho de sí mismo; por fin había conseguido ser dueño de aquella maravillosa hermosura, que se mostraba en todas partes segura de su éxito, con el soberbio desdén de una reina que no teme ser destronada.

Entre sus finísimos y bien cuidados dedos, sujetaba la pequeña tarjeta y posaba la vista para ver, quizá por centésima vez, aquel pedacito de cartulina, que en una de sus esquinas, tenía grabadas las armas nobiliarias de una familia de ilustre abolengo.

Más abajo, junto al nombre adorado, de aquel precioso nombre, objeto por espacio de mucho tiempo de todos sus afanes, dos líneas trazadas con mano nerviosa, una letra de largos perfiles que denunciaban bien á las claras su procedencia femenina, y unas pocas frases que, en su lacónismo, encerraban larguísima historia de amorosos deseos no satisfechos.

«Venid mañana á las doce; mi esposo está de elecciones *con varios amigos.*»

Abrió Emilio el elegante tarjetero de piel de Rusia, é introdujo en una de sus divisiones la amorosa misiva, portadora de la felicidad que ambicionó largo tiempo.

\*\*\*

Jugaban á la desesperada; la raqueta del banquero, ese fatal instrumento de madera que arrastra detrás de las monedas, la alegría, y la honra muchas veces, de infinitas familias, funcionaba aquella noche con rapidez vertiginosa; las pupilas dilatadas, semejantes á las del que muere por asfixia, seguían todos sus movimientos, como si quisieran atraer otra vez, por medio de una combinación hipnótica, aquellos pedazos de metal acuñado, que iban poco á poco á confundirse con las pilas de oro de la banca.

Ni una frase, ni una blasfemia, aunque los labios estaban preñados de ellas. ¡Ah! hubiera sido de malísimo gusto: las gentes de la buena sociedad tienen que justificar siempre lo que son; podrán arrebatarse la

existencia inclusive, pero sin que el dolor moral se manifieste nunca por medio de signos exteriores.

El conde había perdido hasta su última peseta: con una frialdad estóica, guardando en los bolsillos de su levita la petaca y el pañuelo que al principio de la sesión colocó sobre el tapete, abandonó su puesto, con la muda desesperación de un vencido en el innoble palenque del vicio, para ir, sin duda, á ocultar su derrota al fondo oscuro de algún saloncillo poco concurrido.

Al cruzar los billares con paso firme y sereno, tropezó con varios amigos que hacían carambolas entre copa y copa de *champagne*, é invitado, tuvo que detenerse y aceptar el obsequio que le ofrecían.

—¿Qué tal, conde, habéis estado de vena?

—No, ni mucho menos; he perdido algunos miles de pesetas.

—¡Diablo! Pues nada, no os preocupéis, y venid luego á cenar con nosotros. Y, á propósito, os presento á D. Emilio Alvarez, uno de nuestros primeros *sportman* y adorador tenaz y acérrimo del bello sexo; es de los comensales.

\* \* \*

Se respiraba una atmósfera densa, producida por el humo de los cigarrros, en aquella habitación reducida.

Circulaba el *champagne*, que, desbordándose de la copa convertido en blanquísima espuma, empapaba el mantel adamascado, confundándose

UNIVERSIDAD DE BILBAO  
BIBLIOTECA DE BILBAO  
ALFONSO XIII  
MONTAÑA, MENCO

con las salpicaduras de grasa de los platos vertidos.

Sobre el mullido diván descansaban *ellas*, luciendo todas sus encantos y perfecciones; y ellos, vacilantes, con la mirada incierta, rojos, próximos á la congestión, el chaleco desabrochado y la pechera manchada, servían vino, que iba á parar á la alfombra la mayor parte de las veces.

Por las rendijas del balcón, mal cerrado, se filtraba importuna la claridad del día, y allá á lo lejos, sonaban las alegres campanillas de las burras de leche, que iban repartiendo la salud á domicilio.

Alguien propuso que terminara la *juerga*: abandonó *Juanillo* la guitarra, pasó sus groseras manos á lo largo de los muslos para deshacer las arru-

gas del pantalón, y salió, llevando en la mano un billetito, en pago de unas cuantas seguidillas gitanas que había entonado durante la noche.

Las *bacantes* cubrieron sus formas, y los caballeros, lacios y tristes, abandonaron también la habitación, llevando impresas en el rostro las señas de la orgía.

Ya en la calle, dijo Emilio:

—Dispensad, conde; se me olvidaba...—Y, sacando una tarjeta, la entregó al que se disponía á hacer lo mismo.

—Aquí tenéis las señas de vuestra casa, y el nombre de un amigo que siempre...

No terminó la frase: el conde, que había fijado sus ojos en la cartulina, lanzó un rugido, y precipitándose

sobre el joven, le cruzó la mejilla.

Intervinieron los amigos, y se concertó un lance en aquel mismo momento.—A la Casa de Campo—dijeron, y rodaron los coches de punto hacia el sitio indicado.

Emilio, que todavía no se explicaba lo ocurrido, sacó de repente la cartera, y vió con asombro que había entregado inadvertidamente la tarjeta de la esposa infiel al marido engañado.



Ocho días después, la *inconsolable* viuda iba á distraer un poco su dolor á la capital de Francia.

En Hendaya la aguardaba Emilio, y juntos partieron.

